

Egisto

Domingo Miras Molina

En esta pieza recrea el dramaturgo las tempestuosas relaciones de los componentes de la casa de AGAMENÓN, recogidas en las versiones de Esquilo, Sófocles y Eurípides.

Los adúlteros amores de EGISTO y CLITEMNESTRA poseen un nuevo matiz, el del incesto, al ser estos personajes de la obra que nos ocupa madre e hijo. De esta forma, el dramaturgo funde los elementos del mito clásico y su versión del mismo en una acertada síntesis cultural y artística de tradición e innovación. También CLITEMNESTRA sufre un cambio en sus motivaciones al pedir la muerte del esposo, pues, como Penélope y Fedra en las versiones de Miras, está impulsada por la necesidad de salvaguardar su libertad frente a la canónica autoridad del varón. Estas mujeres y en general las protagonistas del teatro mirasiano, adoptan una actitud que las acerca a un tipo de rebelión feminista, presente en buena parte del último teatro español de protagonización femenina.

AGAMENÓN representa la opresión, así lo indica su esposa y lo acreditan su imponente presencia y los atributos bélicos que lo revisten. La despótica actitud con que trata a CLITEMNESTRA, y el desprecio mediante el que se dirige a EGISTO, ridiculizándolo por su falta de fuerza, corroboran la fama de tirano que lo ha precedido. Pero la rebelión de los débiles lo convertirá en víctima de aquellos a quienes sometiera. Tras la muerte de AGAMENÓN, el delito ha marcado los rostros culpables, pero mientras CLITEMNESTRA acepta las consecuencias de sus actos, EGISTO llora su culpa ante la tumba del padre. Entonces se producirá la sustitución por ORESTES, aunque el hombre nuevo no lo es, a pesar del cambio de máscara, pues, al obedecer a su padre y apropiarse de la espada de EGISTO, demuestra que en sí mismo lleva la semilla del tirano. En ORESTES se ha producido el relevo del poder y ha pasado a ser un nuevo AGAMENÓN. La presencia de las Erinnias, sólo perceptible para ORESTES y el espectador, da lugar a una escena de gran teatralidad, al tiempo que se muestra el eterno retorno de la culpa en

las palabras que ELECTRA pronuncia ante el cadáver de su madre, las mismas que EGISTO expresara ante la tumba de su víctima. - V. S.

DRAMATIS PERSONAE

(Por orden de intervención)

CLITEMNES TRA, esposa de Agamenón.

EGISTO, después ORESTES.

EUMELO, esclavo.

MENSAJERO

AGAMENÓN, rey de Micenas.

ELECTRA, hija de Agamenón.

ORESTES, antes EGISTO.

ES CLAVA 1.^a

ES CLAVA 2.^a

ES CLAVA 3.^a

ALECTO, Erinnia.

TISÍFONE, *idem*.

MEGERA, *idem*.

PRIMER ACTO

Primer cuadro

La escena representa el interior del palacio de AGAMENÓN. Una habitación con puerta al fondo. Los muros son robustos, y una ornamentación geométrica los

recorre como una ancha cenefa por la parte superior y también a ras del suelo y rodeando la puerta. Sentada en una silla con brazos y respaldo bajo se halla CLITEMNESTRA. Aparenta unos treinta y cinco años. Viste una falda larga, con faralaes, ceñida a la cintura y con el talle muy alto, y una corta chaquetilla o bolero con mangas estrechas hasta el codo; sus bordes están adornados con una cenefa que también desciende por los hombros y a lo largo de las mangas. Su cabello llega a la cintura, y está peinado en una multitud de finas crenchas muy rizadas que caen verticalmente en pequeñas ondas de un negro brillante, a ambos lados del pecho procedentes de las sienas, y por la espalda procedentes de un alto moño. A su lado y sentado en el suelo, se halla EGISTO. Es un mozo de menos de veinte años. Viste túnica corta, con manga ceñida que llega hasta el codo, y una cenefa como la chaquetilla de CLITEMNESTRA. No tiene barba, y su cabellera es sumamente larga, aunque no tanto como la de ella, y está peinada también en finas crenchas serpentinas. Cerca de ellos, hay una silla vacía, igual a la que ocupa CLITEMNESTRA. Ambos están silenciosos. Ella le mira con atención, mientras él adopta una postura indolente.

CLITEMNESTRA.- (Con ternura.) ¿En qué piensas?

EGISTO.- (Lánguido.) En nada.

CLITEMNESTRA.- (Lo mismo.) No se puede estar sin pensar en nada...

EGISTO.- (Como antes.) Yo sí puedo.

CLITEMNESTRA.- (Dulce.) No me lo quieres decir... eres un niño malo...

(EGISTO ríe suavemente, moviéndose como un gato perezoso, se acurruca a los pies de CLITEMNESTRA, apoyando la cabeza en las rodillas de ella, tras poner sus brazos como almohada. CLITEMNESTRA le acaricia los cabellos. Mimosa y con un toque de ironía.)

¿Te gusta que te acaricie, gatito?

EGISTO.- (Sin moverse.) Sí.

(CLITEMNESTRA ríe levemente, y EGISTO la imita.
Pausa.)

CLITEMNES TRA.- (Pensativa.) Tú has crecido demasiado deprisa... antes te entendía siempre, pero ahora no sé lo que tienes dentro... me he quedado atrás (**Cariñosa.**) ¿Por qué no me ayudas un poco?

EGISTO.- ¿A qué?

CLITEMNESTRA.- A conocerte... a saber lo que piensas cuando te quedas quieto, mirando al aire con los ojos entornados...

EGISTO.- (Dulce y tranquilo.) Pero si ya te he dicho que no pienso en nada...

CLITEMNES TRA.- (Insinuante.) ¿Piensas... en Agamenón?

EGISTO.- (Indiferente.) No.

CLITEMNES TRA.- (Como antes.) ¿Seguro?

EGISTO.- (Tranquilo.) Ni en Agamenón, ni en nadie... cuando estoy a gusto no pienso en nada. (**Se encoge de hombros.**) Estoy a gusto, y nada más...

CLITEMNES TRA.- (Tras corta pausa. Acariciándole.) ¿Nunca piensas en el regreso de tu padre?

EGISTO.- (Indolente.) Agamenón no es mi padre.

CLITEMNES TRA.- (Acariciándole.) Sí lo es.

EGISTO.- (Como antes.) Yo no tengo padre. Mi padre era Tiestes, y Tiestes murió.

CLITEMNES TRA.- (Severa.) ¿Quién te ha dicho eso?

EGISTO.- (Con indiferencia.) Lo dicen todos.

CLITEMNES TRA.- (Dolida.) No sabía que tú escuchases esas habladurías.

EGISTO.- No las escucho.

CLITEMNESTRA.- (Triste.) Estás mintiendo. Las escuchas, y las crees.

EGISTO.- Si tú me dijese la verdad, no tendrían que decírmela en la plaza.

CLITEMNESTRA.- ¿Qué he de decirte yo?, ¿que no eres mi hijo? Eso eres tú quien lo ha dicho, tú solo. Yo no podría hacerlo.

EGISTO.- (Conmovido.) Dicen que no soy tu hijo, porque te quiero como a una mujer.

CLITEMNESTRA.- (Burlona.) ¿Y acaso no soy una mujer?

EGISTO.- Tú sí eres mi madre, pero con tu marido no tengo nada que ver.

CLITEMNESTRA.- ¿Qué padre te engendró, entonces? Porque nunca Tiestes se acostó conmigo. Si yo soy madre tuya, tu padre es Agamenón.

EGISTO.- (Risueño.) No puede ser mi padre quien yo no quiero que sea.

CLITEMNESTRA.- (Alegre.) Y ya que puedes escoger, prefieres al hermano de Atreo, ¿no es verdad? **(Irónica.)** ¿Por qué quieres ser primo de tu padre?

EGISTO.- (Riendo.) Tengo una madre divina, y no necesito padre alguno.

(CLITEMNESTRA le besa.)

CLITEMNESTRA.- (Tras corta pausa, mirando a EGISTO, que se despereza en el suelo.) Oye, ¿y tú qué tienes contra Agamenón? **(EGISTO calla. Ella insiste, impaciente.)** ¿Por qué no le quieres?

EGISTO.- (Concentrándose.) Pues mira, te lo voy a decir. **(Pensativo.)** Me acuerdo muy bien de él, ¿sabes? Le tenía un miedo terrible... claro que yo era un crío... pero cada vez que me

miraba desde debajo de aquellas cejas, a mí me temblaban los huesos... Luego se fue a la guerra, y entonces empecé a vivir. Eso tengo contra él.

CLITEMNESTRA.- (Burlona.) ¡Pobre niño mío! El día que vuelva, volverá tu miedo...

EGISTO.- (Levantándose.) ¡Ah, no! Han pasado diez años, madre, diez años... **(Ríe.)** Ahora soy un hombre como él y como cualquiera.

CLITEMNESTRA.- (Irónica.) Cuando vuelva, cuando vuelva veremos eso...

EGISTO.- Entonces, tal vez no lo veamos nunca; está en la guerra, y puede no volver... **(Se sienta en la silla vacía.)**

CLITEMNESTRA.- (Perspicaz, sonriendo.) ¿Deseas que no vuelva?

EGISTO.- (Como ella.) ¿Y tú?

(Sin contestar, CLITEMNESTRA le mira con intención, sonriendo con complicidad. Ambos ríen a la vez.)

Los dos estamos mejor así, ¿verdad?

(CLITEMNESTRA se levanta ágilmente. Su actitud jovial y su sonrisa son la respuesta.)

¿Por qué no dices nada? **(Dulce.)** Ven a mi lado...

(Ella se le acerca y, con naturalidad, como haciendo algo usual, se sienta sobre las rodillas de EGISTO. Él la abraza.)

Agamenón ha de morir delante de Troya... Si no lo mata un troyano, se morirá de viejo...

(CLITEMNESTRA ríe.)

No te rías, lo digo de veras... esa guerra no se acabará nunca... Las noticias que llegan siempre son de ventajas y pérdidas equivalentes en los dos bandos... En diez años de combates, no están los aqueos ni a un sólo paso más cerca de la victoria que el primer día...

CLITEMNESTRA.- (Irónica, acariciándole la cara con la punta de un dedo.) Parece que te alegras... ¿es que tú no eres aqueo?

(EGISTO ríe, y la abraza más fuerte.)

No, no rías tanto... Lo mismo da que Agamenón sea tu padre o tu primo: como hijo de Tiestes o hijo de Agamenón, tú eres aqueo de todas formas...

EGISTO.- (Risueño.) Ya te he dicho que no soy hijo de ninguno de ellos.

CLITEMNESTRA.- (Burlona.) ¡Ay, es cierto, que tú naciste sin que un padre te engendrara!

(Ambos ríen.)

EGISTO.- (Cariñoso.) Tú eres mi padre y mi madre.

CLITEMNESTRA.- (Le abraza.) Me gusta que me digas eso.

EGISTO.- Es la verdad. **(Corta pausa. Con tono más ligero.)** Por eso, como tú no eres aquea, yo tampoco lo soy: soy un Tindárida, como tú. No tengo nada que ver con la casa de Atreo, ni con la sangre seca de sus viejos crímenes. **(Le acaricia la cara.)** Sólo soy tuyo, ¿sabes?

CLITEMNESTRA.- (Estre chándole fuertemente.) Sí, así: sólo mío. Mío nada más. **(Le besa y se acurruca sobre él.)**

EGISTO.- (Excitado.) Por eso me alegro de que no puedan con Troya... de que mueran como perros al pie de sus muros... ¡ojalá no vuelva ninguno!

CLITEMNES TRA.- (Se pone de pie, y habla con tono rencoroso, mirando al vacío.) Vinieron desde el norte en bandas dispersas, con sus jefecillos petulantes y sus costumbres bárbaras... no tenían más bienes que sus espadas de bronce y sus carros de guerra, y poco después eran los amos de toda la Grecia... ya todo les pertenece... hasta de la lejana Creta se han apoderado y han hecho arder sus antiguos palacios...

EGISTO.- Ante Troya están aprendiendo a doblar la cerviz.

CLITEMNES TRA.- (Se dirige ahora a EGISTO, y prosigue con más vehemencia.) ¡Ah, y no se conforman con los frutos de su espada, no! Para asegurar a sus descendientes el dominio sobre nuestras ciudades, se hacen dar en matrimonio a las princesas de las antiguas dinastías... Es su forma de consolidarse, ¿no te has dado cuenta? Cada jefe se ha preocupado de su boda con toda diligencia, incluso repudiando a su esposa bárbara los ya casados, como Jasón... Por eso Menelao se casó con mi hermana y Agamenón conmigo. No se les ocurre pensar que para nosotros son odiosos y despreciables... esos miserables venidos de no se sabe dónde, con su mugre y sus harapos ocultos bajo sus relucientes armas de bronce... ¡Y pretenden que sus esposas les sean fieles! ¡Se atreven a censurar a mi hermana por dejar a Menelao y marcharse con el hombre a quien quería! **(Se ha ido exaltando.)** Ya ves: ¡hasta han organizado una expedición de guerra para recobrar a Helena!

EGISTO.- (Tranquilo y razonable.) Es natural, sus matrimonios son la legitimación del poder para sus hijos, tú misma lo has dicho. Si el ejemplo cunde, sus flamantes tronos se harán inseguros. Ellos lo saben. Por eso todos se han unido para ayudar a Menelao a recobrar a Helena como sea.

CLITEMNESTRA.- (Se acerca a EGISTO, y se sienta junto a él, en el brazo de la silla.) ¿Sabes? **(Con la mirada perdida.)** Estoy orgullosa de mi hermana. **(Animándose.)** Me alegra lo que ha hecho. Todas lo hacíamos mentalmente, todas: Penélope, Egialea, yo misma... Pero sólo ella se ha atrevido a escapar de veras, a ser libre y dejar a su amo aqueo en la vergüenza.

EGISTO.- (Rodea la cintura de CLITEMNESTRA, y la mira sonriendo.) También yo pienso que hizo bien.

CLITEMNESTRA.- (Abrazando a EGISTO.) Y, gracias a ella, nosotros podemos vivir, como tú decías antes...

EGISTO.- (Sonriendo.) Hasta que vuelva Agamenón...

CLITEMNESTRA.- (Se separa un poco, mirándole.) ¿No dices que ha de morir delante de Troya?

EGISTO.- (Ligeramente burlón.) Eso lo digo yo, pero no tú... tú le esperas.

CLITEMNESTRA.- No, no. Tenías razón antes. La guerra dura mucho, y siempre está igual. Esa guerra es la paz para nosotros, y debemos alegrarnos de que jamás termine.

EGISTO.- (Como antes.) Pueden cansarse unos y otros, y hacer las paces...

CLITEMNESTRA.- (Se levanta, y pasea.) ¡No digas eso! **(Mira risueña a EGISTO.)** Quieres reírte de mí, ¿verdad? Te complace asustarme... **(Zarandea, en broma, un hombro de EGISTO.)** Dime que no crees eso que has dicho... anda, dímelo...

EGISTO.- (Riendo.) ¿Qué importa lo que yo crea? ¿Soy acaso la Moira?

CLITEMNESTRA.- (Repentinamente seria.) A veces creo que sí...

(EGISTO ríe y le coge la mano. Ella, despacio, se desprende y se sienta en su silla.)

Han muerto tantos aqueos y a en esa guerra... ha muerto Aquiles, que era más fuerte; y Ajax, que era más valiente; y Patroclo, que era más airado; y Antíloco, que era más joven; y Protesilao, que era más diligente... y tantos y tantos otros... ¿Por qué ha de volver Agamenón? No es mejor que los demás...

EGISTO.- (Abstraído.) No te tortures, no volverá... Muchos que aún viven, y también Agamenón, perecerán a su turno en la pelea... los troyanos le despojarán de sus armas, y quedará

desnudo tendido en el polvo... las gaviotas se comerán sus ojos antes de que los argivos le recojan para hacerle las exequias... y allí quedará su túmulo cerca del Escamandro, a la vista del mar...

CLITEMNESTRA.- Sí, así ha de ser, pero ¿cuándo? Hace diez años que espero esa noticia, y nunca llega...

EGISTO.- Llegará... quizá tarde otros diez, pero llegará...

CLITEMNESTRA.- (**Levantándose, impaciente.**) ¿Otros diez? ¡Ah, no, yo no lo aguanto! Antes me consumiré... Yo no puedo sufrir esta incertidumbre, esta angustia y esta esperanza cada vez que llega un mensajero de cualquier parte. Este querer su muerte y temer su vuelta, este gozar hoy para sufrir mañana... ¿No crees que esta agonía ya dura demasiado? Nos alegramos o temblamos como cambia el viento, sin motivo ni razón... sólo porque olvidemos o recordemos que ese hombre ha de volver...

EGISTO.- (**Suasorio.**) Pero, madre, si así estamos muy bien... ¿Por qué no gozamos del presente sin pensar en el mañana?

CLITEMNESTRA.- Porque nadie puede reír hoy, si sabe que mañana ha de llorar.

EGISTO.- Yo sí puedo.

CLITEMNESTRA.- Tú eres un niño, por eso puedes. Aún no has aprendido a temer al futuro.

EGISTO.- Ni quiero aprender. No me parece una ciencia razonable. Si la vida es buena, gozo de ella sin pensar en que puede volverse mala. Y si se volviera mala, entonces será cuando veré de arreglarlo...

CLITEMNESTRA.- Más vale tenerlo arreglado de antemano.

EGISTO.- (**Sonriendo.**) Pero, madre, ¿cómo evitarías la vuelta de tu esposo?

CLITEMNESTRA.- Si tú fueras el hombre que yo necesito, no me asustaría el regreso de tu padre.

EGISTO.- Sabes muy bien que lo soy.

CLITEMNESTRA.- Mientras no te vea delante de Agamenón, no sabré si lo eres o no.

EGISTO.- (Irónico.) Creo que, en el fondo, deseas que vuelva, aunque sólo sea por reírte de mí.

CLITEMNES TRA.- Calla, calla. No digas eso.

EGISTO.- (Tras corta pausa.) Al principio estabas contenta, y luego te has ido poniendo triste.

CLITEMNES TRA.- (Amarga.) Como siempre, cuando pensamos en tu padre.

EGISTO.- (Corrigiéndola.) En Agamenón.

CLITEMNES TRA.- (Con leve encogimiento de hombros.) En Agamenón.

EGISTO.- O sea, que siempre acabas por estar triste.**(Corta pausa. Serio.)** Y además, me pones triste a mí.

CLITEMNES TRA.- (Tratando de reaccionar.) Pues eso no me gusta. Yo quiero verte feliz.

(EGISTO mira al vacío y no contesta.)

Vamos, alégrate.

EGISTO.- (Se relaja, y sonrío sin mover los ojos, como ausente.) Ya lo hago.

CLITEMNES TRA.- (Se levanta, y zarandea a EGISTO. Risueña.) No, así no. Tiene que ser mirándome a mí. Así parece que te vas de mi lado. **(Por detrás del asiento de EGISTO, le abraza y pone su mejilla junto a la de él.)** Últimamente haces eso demasiado, ¿sabes? Y no me gusta. Es como si te fueses a algún sitio tú solo, y dejases aquí, a mi lado, tu cuerpo vacío, como el de un muerto...

(EGISTO le acaricia las manos.)

¿Qué es lo que piensas cuando te quedas así? ¿Por qué no me lo dices?

EGISTO.- (Sonriendo.) Eso no es pensar. Es... no sé...

CLITEMNESTRA.- Es soñar, ¿verdad? **(Con cariñosa reconvención.)** Tú sueñas... tú sueñas, y no es conmigo... te apartas de mí, y te vas a otro mundo más hermoso... a donde yo no estoy... eso es no quererme, y a te has cansado de tu madre...

EGISTO.- (Riendo.) Sólo me cansas cuando me riñes y te quejas.

CLITEMNESTRA.- (Mimosa.) No me des tú motivos, y no me quejaré.

EGISTO.- (Con tono de broma.) Yo soy quien debiera quejarse...

CLITEMNESTRA.- (Irónicamente estupefacta.) ¿Tú?

EGISTO.- (Como antes.) Sí, yo. Me quieres poco...

CLITEMNESTRA.- (Riendo.) ¡Oh, astuto zorro! Me acusas a mí de tu propio delito para preparar tu defensa...

EGISTO.- (Con el mismo tono, mientras CLITEMNESTRA le besuquea.) Eres una madre severa...

CLITEMNESTRA.- (Mordisqueándole las orejas.) ¿Ah, sí?

EGISTO.- Tiránica...

CLITEMNESTRA.- (Sentándose sobre él.) Tú eres mi tirano, tú.

EGISTO.- (Dejándose deslizar sobre el asiento hasta caer al suelo.) Eres dura y celosa...

CLITEMNESTRA.- (Separándose levemente y sin perder el tono de juego.) ¡Ah! eso es lo que te molesta, ¿eh?

EGISTO.- (Abrazándola.) ¡Yo, en cambio, te quiero tanto!

CLITEMNESTRA.- (Abrazándole a su vez.) ¡Embustero!
¡Embustero!

EGISTO.- (Sinceramente conmovido.) No me digas eso, madre mía.

CLITEMNESTRA.- (Acariciándole la cara con las dos manos.) ¡Ay, se te han hecho agua los ojos!

(EGISTO **oculta su rostro en el hombro de CLITEMNESTRA.**)

¡Niño, niño!... ¿Por qué pasas tan pronto del juego a las lágrimas? (**Acariciándole los cabellos.**) ¿Por qué eres tan voluble? ¡Qué fácilmente cambias!...

EGISTO.- (**Levanta la cara, y la mira fijamente, desde cerca.**) Tú siempre eres la misma, ¿verdad madre?

CLITEMNESTRA.- (**Acariciándole la cabeza, y esquivando la mirada.**) Yo no sé lo que soy, ¿qué importa eso?

EGISTO.- Tú eres fuerte y dura.

CLITEMNESTRA.- (**Dolida.**) ¡Hijo! ¿Por qué dices eso? ¿Cuándo soy yo dura contigo?

EGISTO.- No digo conmigo, no. Quiero decir que tú siempre sientes lo mismo, y quieres lo que sientes, sin ninguna inquietud, sin dudar nada...

CLITEMNESTRA.- (**Extrañada.**) Sólo sé que te quiero, y eso es cierto: lo sé sin duda alguna. Y aborrezco cuanto pueda separarme de ti. ¿Es eso lo que te admira? ¿No me quieres tú a mí del mismo modo?

EGISTO.- (**Confuso.**) Muchas veces no sé lo que quiero... Tú no puedes entenderlo... ¿Crees que sólo odio a Agamenón? Pues hay ocasiones en que, en vez de odiarle a él, me odio a mí mismo...

CLITEMNESTRA.- (**Irguiéndose, alarmada.**) ¿Por qué? ¿Por qué a ti mismo? Por quererme, ¿verdad?, ¿es por eso?

EGISTO.- (**Denegando con la cabeza.**) No, no es por eso. Me odio por odiarle.

CLITEMNESTRA.- (**Impaciente.**) Nadie se avergüenza de odiar a su enemigo.

EGISTO.- (**Encogiéndose de hombros.**) Al fin, es mi padre...

CLITEMNESTRA.- Es tu enemigo, sólo eso.

EGISTO.- (**Abatido.**) Así pienso de ordinario, pero a veces me doy asco...

CLITEMNESTRA.- (Irritada.) Y si sigues diciendo esas cosas, me darás asco a mí. Te creía más fuerte. No ha sido necesario que regrese Agamenón para que me defraudes: no eres tú el hombre que yo necesito.

EGISTO.- (Que ha reaccionado.) No vuelvas a decir eso. **(Se levanta.)** No lo repitas nunca. Quizá no sepa muy bien lo que siento, pero tú no puedes necesitar a nadie sino a mí. Otra cosa, no puedo ni pensarla.

CLITEMNESTRA.- (Dulcificada.) Ni yo tampoco, hijo.

EGISTO.- (Solicito.) Tienes que tener más confianza en mí... debemos confiar el uno en el otro, sólo así seremos fuertes y estaremos seguros...

CLITEMNESTRA.- (Cabizbaja, se sienta en una silla.) Si ahora no nos sentimos seguros, qué será cuando vuelva...

EGISTO.- No pensemos en eso, te lo ruego... **(Se oye un clamor débil, que se intensifica rápidamente. Ambos quedan en suspenso, mirando hacia el público. Al mismo tiempo que se dirige al borde exterior del escenario.)** Pero, ¿qué pasa ahí fuera?

(En el borde de la escena, hace ademán de mirar por una ventana imaginaria que da sobre el público.

CLITEMNESTRA se levanta rápida, y se le acerca para mirar también. EGISTO señala al público de abajo.)

Mira cuánta gente.

CLITEMNESTRA.- (Mirando.) Parecen excitados y contentos... Tal vez ha llegado un mensajero...

EGISTO.- Otras veces ha ocurrido y no ha habido tanto revuelo.

(Corta pausa. CLITEMNESTRA está visiblemente angustiada.)

Desde aquí no sabremos nada. Voy a bajar a enterarme.

CLITEMNESTRA.- (Sujetándole, vacilante.) Pero, ¿por qué no vienen a decirnos lo que pasa?

EGISTO.- Quizá porque saben que ya no somos nadie.

CLITEMNESTRA.- ¿Porque Agamenón ha muerto?

EGISTO.- No, porque ha regresado.

(CLITEMNESTRA se lleva las manos al pecho. Ambos quedan callados.)

CLITEMNESTRA.- (Reacciona con energía.) Bien, sepámoslo. (Hace ademán de inclinarse fuera de la ventana, y grita hacia abajo.) ¡Eh! ¡Tú! ¡Eumelo! ¡Sí, a ti te digo! Sube en seguida, ¡deprisa! (A EGISTO, señalando hacia afuera.) Aunque hay muchos grupos y todos hablan entre sí, se ve que rodean a uno... sí, no hay duda: es un mensajero...

EGISTO.- (Sombrío.) La guerra ha terminado...

(Corta pausa. En la puerta aparece EUMELO. Es un esclavo. Pelo corto y barba grises. Túnica corta de tejido fuerte. CLITEMNESTRA le ha visto llegar.)

CLITEMNESTRA.- Pasa, Eumelo. Hoy estás tú al cuidado de la puerta, ¿verdad? (Mientras el esclavo asiente con la cabeza.) ¿Qué pasa, que está el patio lleno de gente? Tú lo tienes que saber.

EUMELO.- (Sin manifestar ningún entusiasmo.) Ha terminado la guerra, y el ejército ha desembarcado en Nauplia.

CLITEMNESTRA.- (Tras corta pausa, sin manifestar emoción alguna.) ¿Y el rey?

EUMELO.- (Con la misma indiferencia.) Ha venido con las tropas.

CLITEMNESTRA.- Habrá venido un mensajero, ¿no?

(EUMELO asiente con la cabeza.)

¿Por qué se queda ahí fuera diciéndoselo a todos, y no sube a decírmelo a mí?

EUMELO.- Subirá cuando pueda... no le dejan, todos le sujetan para preguntarle por sus parientes... quieren saber si han vuelto ellos también...

CLITEMNESTRA.- ¿Ha dicho cuándo llegará aquí Agamenón?

EUMELO.- Sí. Dice que desembarcaron esta mañana, y él se adelantó para traer la noticia. Los demás van hoy a dormir a Argos, y mañana al caer la tarde estará aquí.

(Pausa. Los tres están sombríos.)

CLITEMNESTRA.- (A EUMELO.) Son buenas noticias, y debemos alegrarnos. ¿Por qué no te alegras tú?

EUMELO.- (Serio.) Me alegro.

CLITEMNESTRA.- Pues no lo parece. (Reflexiva.) ¿Y por qué te habrías de alegrar? Eres esclavo, y no te afecta la vida de nuestra ciudad... (Corta pausa.) ¿Odias a Agamenón?

EUMELO.- (Sin inmutarse.) No.

CLITEMNESTRA.- Lo celebro. Eso está muy bien. Ahora, márchate.

EGISTO.- (Excitado.) No, espera. Dices que ha terminado la guerra...

EUMELO.- Eso ha dicho el soldado.

EGISTO.- Pero, ¿cómo ha terminado? ¿Acaso han reembarcado, renunciando a tomar la ciudad?

EUMELO.- No, dice que se han apoderado de ella y la han destruido.

EGISTO.- ¿Que la han destruido?

EUMELO.- (Indiferente.) Sí, ha contado una historia de un caballo de madera...

CLITEMNESTRA.- (Afable.) Vuelve a la puerta, Eumelo. Ya sabemos lo esencial.

(EUMELO sale. Pausa. CLITEMNESTRA se separa de la ventana, y va hacia el centro de la habitación, poniéndose las yemas de los dedos en las sienes, con las manos verticales y la cabeza levantada.)

Ya lo tenemos aquí.

EGISTO.- (Taciturno.) Alguna vez tenía que llegar.

CLITEMNESTRA.- (Triste.) ¿No decías que nunca volvería?

EGISTO.- Era un pensamiento agradable, pero me parece que, en el fondo, nunca lo creí.

CLITEMNESTRA.- Entonces, estarás preparado para esto.

EGISTO.- (Desconcertado.) ¿Preparado?... No... ¿cómo iba a estarlo?

CLITEMNESTRA.- Dices que si la vida es buena, gozas de ella, y si se vuelve mala, verás de arreglarlo... ya puedes pensar cómo lo arreglas.

EGISTO.- No sé... aún no sabemos cómo viviremos con mi padre aquí...

CLITEMNESTRA.- (Furiosa.) ¿Que no lo sabemos? ¿Cómo que no lo sabemos?

**(EGISTO se deja caer en una silla, cabizbajo.
CLITEMNESTRA continúa, con tono más apacible.)**

Yo lo sé muy bien... **(Volviendo a irritarse.)** ¡Y tú también lo sabes, no eres tan necio!... ¿O es que finges necesidad para disimular tu cobardía?

EGISTO.- Yo soy tan hombre como pueda serlo Agamenón.

CLITEMNESTRA.- Mentira.

EGISTO.- (Encogiéndose de hombros y mirando al vacío.)
Como quieras.

CLITEMNESTRA.- (Se acerca a él.) Le tienes miedo, le tienes miedo. Mañana os encontraréis y yo estaré delante. Y te veré temblar. Él no te hará nada, sólo te mirará juntando las cejas, y quizá te regañará un poco. Y tú temblarás como un perro delante de un amo irritado. Y eso sólo será el comienzo, todo el resto de tu vida será igual: ya serás para siempre un can medroso, obsesionado con el puntapié de cada día.

EGISTO.- (Levantándose, colérico.) Ya se cuidará mucho de cómo me trata.

CLITEMNESTRA.- (Irónica.) Te tratará como un amo, no lo dudes. Y como un amo severo, no te hagas ilusiones. Ya puedes ir pensando en tu nuevo papel, porque la vida de libertad y de placer de estos diez años se ha terminado.

(Pausa. EGISTO, de pie, está taciturno.)

También para mí ha cambiado todo. (Irónica.) ¿Decías que el hombre que yo necesito no puedes ser sino tú? ¡Ay, amigo mío! Me temo que eso es algo que ya ha decidido otro por nosotros. ¿Te das cuenta? ¡Ha decidido otro por nosotros! El hombre que yo necesito es Agamenón... él lo dice, y se acabó. ¡Pero yo a quien quiero es a ti! ¡Sólo quiero ser tuya!

EGISTO.- Y sólo serás mía, no lo dudes.

CLITEMNESTRA.- Sólo hay un camino para eso.

EGISTO.- No importa.

CLITEMNESTRA.- (Tras una pausa.) Tenemos que ser astutos y valientes, tenemos que defendernos. Ese hombre viene hacia aquí para robarnos. Nos va a robar nuestro albedrío y nuestro amor. Yo soy tuya, y me va a arrancar de ti para echarme en su cama. Tú eres mío, y en tu lugar me va a dar un viejo tirano a quien odio desde siempre y a quien odiaré más por

habérteme quitado. **(Por detrás de él, le apoya las manos en los hombros.)** ¿Vamos a permitirlo? ¿Tan poco valemós? Si nos dejásemos envilecer de esa manera, seríamos tan viles, que mereceríamos nuestra suerte...

(Le abraza por detrás. EGISTO le coge las manos y se las besa.)

Ese amo que viene de camino sólo es un hombre...

EGISTO.- Tenemos que ser valientes.

CLITEMNESTRA.- Y astutos...

(Se oyen pasos por el fondo. Se separan. Entra el MENSAJERO, que se detiene poco después de rebasar la puerta. Es un soldado polvoriento y cansado, pero radiante de satisfacción y orgullo.)

MENSAJERO.- (Con ademán y tono triunfalista.) ¡Ilustre hija de Tíndaro! Te traigo noticias que han de colmarte de placer. Tu divino esposo, el eximio Agamenón Atrida, ha desembarcado esta mañana en la playa de Nauplia. Viene hacia aquí cubierto de inmensa gloria, dejando a sus espaldas los blancos huesos de sus enemigos. Donde la sagrada Ilión alzaba sus soberbios muros, ahora hay sólo montañas de negro humo, que lentamente cambian de forma... aún arderá muchos días...

(Con las últimas palabras, se han ido debilitando las luces hasta el oscuro total.)

Segundo cuadro

Antesala o vestíbulo del palacio de AGAMENÓN. A la izquierda, de perfil, fila de gruesas columnas lisas y rojizas que la separan del patio; en la pared de la derecha, puerta del megarón. En medio de la pared del fondo, puerta de

acceso a las habitaciones interiores del palacio, destinadas a vivienda. No hay mueble alguno. La decoración de los muros es del mismo tipo que la del cuadro anterior, más algunos frescos a ambos lados de las puertas, que plagian el estilo minoico de la última época. No hay nadie, pero se oye algazara por la parte de la izquierda, donde estaría el patio. Por entre las columnas de la izquierda, entra AGAMENÓN. De cuarenta a cincuenta años. Su pelo y su barba, ambos largos, están peinados en finos bucles, rizados y verticales. Es un hombre fuerte y rudo. Va armado de una gran coraza de oscuro bronce bajo la que emerge el borde de una túnica corta, y sus grandes grebas, también de bronce, suben hasta más arriba de las rodillas; de su costado izquierdo cuelga una espada, suspendida de un tahalí ancho, de cuero, que pasa sobre su hombro derecho. Como si fuese el caparazón de una enorme tortuga, lleva a la espalda su gran escudo redondo, sujeto por correas que le cruzan el pecho. Su casco va atado por las carrilleras a la empuñadura de la espada, y cuelga en posición invertida, barriendo el suelo las negras crines de la cimera. Apenas entrado en escena, se vuelve hacia la izquierda, entre dos columnas, alzando los brazos.

AGAMENÓN.- (Dirigiéndose a oyentes invisibles que estarían en el patio.) ¡Basta, amigos! Basta ya, os lo ruego... No mostréis una gratitud excesiva, que me hacéis temer la venganza de los dioses. Dejadme entrar en mi casa, y que descanse de tantos años de fatiga. Y vosotros id a la vuestra, agradeced a los dioses la victoria alcanzada y la paz que ahora disfrutamos.

(En la puerta del fondo aparece ELECTRA, sin ruido, y se detiene, contemplando a AGAMENÓN, que está de espaldas a ella. Es una muchacha espigada, entre niña y mujer, de peinado e indumentaria parecidos a los de CLITEMNESTRA, aunque su falda, amplia y ligera, es más juvenil.)

Que esta hora de triunfo no nos haga orgullosos, mirad que Zeus no perdona la soberbia de los mortales; por su vanidad y engreimiento ha abandonado a la destrucción a la poderosa Troya, esa ciudad que le había sido tan querida. Escarmentad en

ella para no volveros fatuos e insolentes, no sea que nuestra amada Micenas corra esa suerte. Sed siempre trabajadores, dulces y sumisos. Temed a los dioses, y obedeced a los reyes que, como representantes suyos, cargamos con el peso de mandar. Seguid mi consejo, y obraréis con cordura. Y ahora, dejadme descansar, amigos míos. Salid de ese patio, volved a vuestras casas. **(Hace con las manos gestos de despedida.)** Salid con orden, despacio... con orden, con orden... **(Pausa. Se vuelve, y ve a ELECTRA.)** ¿Quién eres tú?

(ELECTRA, que antes le miraba fascinada, baja los ojos, confusa.)

Di, ¿quién eres?, ¿no me lo dices?

(ELECTRA sonrío y le mira, y de nuevo baja la cabeza, con timidez. Su felicidad, sin embargo, es evidente. AGAMENÓN lo observa, y se siente complacido.)

¿Eres Electra?

(Ella, feliz, le mira de reojo, con una imperceptible afirmación de cabeza. Sin mucha seguridad de haberla entendido.)

Sí... sí lo eres... ¿verdad?

(ELECTRA afirma ahora como antes, pero con toda claridad, sin mirarle.)

Tú eres la primera a quien me encuentro... ¿Por qué te quedas parada y sin hablarme? Esperaba un recibimiento más ruidoso... ¿Es que no te alegras de mi vuelta? **(Aun a cierta distancia de ella, le tiende los brazos.)** Vamos, dame un abrazo...

(ELECTRA da un paso vacilante, otro más decidido, y corre hacia AGAMENÓN, echándole los brazos al cuello.)

¡Así!

(Gira sobre sí mismo, con ELECTRA colgada de su cuello. Ambos ríen. Se detiene. Ella sigue riendo, sin soltarse.)

¡Ah!... Déjame, suelta...

(ELECTRA le suelta, mirándole intranquila. Él respira hondo, y la acaricia.)

Necesito respirar, estoy cansado... las armas son pesadas, y las traigo desde Argos, todo el día con ellas... Pero mañana verás...

(La sigue acariciando. Ríe.)

¡No creas que soy un viejo!

(Ella, sonriendo, deniega vivamente con la cabeza.)

Claro que no... **(Animado.)** Tú y yo saldremos al campo con frecuencia, a pasear y a correr... a saltar... a ver quién se cansa antes... cuando no puedas más, te llevaré a mis espaldas, y seguiré corriendo como si nada...

(ELECTRA, embelesada, le mira sonriendo, con los ojos muy abiertos.)

¿De qué te ríes? ¿Es que no me crees?

ELECTRA.- (Se acerca a él y le pasa las manos por la coraza.) ¡Sí! Sí te creo, sí. Estoy segura de que eres el hombre más fuerte del mundo...

AGAMENÓN.- Ahora me ves cansado, pero no es nada... ¡Yo soy joven y ágil! (Le apoya un brazo en los hombros, hablándole como a un camarada.) Puedo trepar a la copa de un árbol como un muchacho. (Ríe.) Nos daremos buenas caminatas tú y yo solos, quiero estar contigo y resarcirme de tantos años sin verte... (La separa, apoyándole las manos en los hombros, y la mira.) Deja que te vea... Te dejé siendo una niña y ahora eres una mujer... ¡Una mujer muy hermosa! (Nostálgico.) Eres la misma, y no puedo creerlo... (La atrae a sí, abrazándola.) ¡Hija! ¿Te has acordado de mí? ¿Me quieres como antes? (Oprime la cabeza de ELECTRA contra su pecho.) Yo no me he vuelto un extraño, ¿verdad? Porque tú me quieres todavía...

ELECTRA.- (Con torpeza, abrazándole la cintura.) ¡Padre, no me digas eso! Yo te quiero más que nadie, no hay quien te quiera como yo...

AGAMENÓN.- (Reaccionando, de nuevo con alegría.) ¡Yo también!... Yo también te quiero mucho, ¿sabes? (Corta pausa, abrazados.) Pero no hay que ponerse tristes, ¿eh? (Cogiéndole la barbilla y levantándole la cabeza.) A ver, alegra esa cara... quiero verte reír... así, así está muy bien... ¡Ah! Tú y yo vamos a disfrutar juntos, ya lo verás... Nos iremos andando hasta el Inaco y nos bañaremos en su corriente... yo te enseñaré a nadar... comeremos nuestras provisiones a la orilla del agua, a la sombra de los álamos, y volveremos por la tarde... ¿qué te parece? Cazaremos pájaros, y los pondremos en jaulas... Pero dí tú algo, ¿por qué no dices nada? Las mujeres que están contentas hablan mucho... ¿no estás contenta tú?

ELECTRA.- (Siempre con cierta torpeza.) Sí, padre, sí lo estoy... soy muy dichosa...

AGAMENÓN.- No sé... estás hecha una mujer y quizá me esperabas para que te diese un marido en vez de correrías por el campo...

ELECTRA.- No, no...

AGAMENÓN.- (Ligeramente triste.) Me vas a durar poco... celebrarás tu matrimonio y me quedaré sin mi Electra...

ELECTRA.- (Anhelante.) Yo no quiero casarme nunca... quiero estar siempre contigo...

AGAMENÓN.- Todas las jóvenes se casan, y tú también tendrás que hacerlo...

ELECTRA.- No, y no. **(Enérgica.)** Yo sólo te quiero a ti. Si me casas con otro es porque no me quieres a tu lado...

AGAMENÓN.- (La abraza.) Ea, no lo pensemos más, vamos a olvidarlo. **(Corta pausa.)**

ELECTRA.- (Tomándole de un brazo y haciendo ademán de llevarle hacia la puerta del mundo.) Ven, pasa, para que puedas descansar...

AGAMENÓN.- (Mirando a su alrededor.) No, aguarda... no hay prisa... ¡He esperado tanto este momento!... Casi no puedo creerlo... he vuelto a mi casa... Esto es el vestíbulo, el vestíbulo de mi casa... ahí está el megarón... **(Se acerca a la puerta del lateral derecho, y mira desde el umbral.)** el trono... el brasero y las pinturas... todo está igual... parece que el tiempo no ha pasado, la casa es siempre lo mismo... sólo cambiamos nosotros... yo soy más viejo, y tú eres una hermosa mujer...

(ELECTRA, siempre junto a él, le escucha como a un oráculo.)

También tu madre habrá cambiado... **(Transición.)** ¿Por qué no ha salido contigo? ¿Está enferma acaso?

ELECTRA.- (Sin mirarle.) No, está embelleciéndose. Necesita mucho tiempo para eso. Cada vez más...

AGAMENÓN.- (Decepcionado.) ¡Embelleciéndose!... ¡He ahí lo que le impide recibir a su marido! Su peinado es, sin duda, más importante que mi regreso...

ELECTRA.- (Sonriendo.) Veo que no lo entiendes... Lo que ella quiere es que la encuentres como a la casa... igual que cuando la dejaste... sin que nada en su rostro haya cambiado... **(Contenta.)** ¡Eso es difícil!... Por eso tarda tanto... **(Riendo.)** ¡Lleva todo el día ante su espejo!

AGAMENÓN.- (Triste.) Ya te entiendo... ha envejecido...

ELECTRA.- (Feliz.) Pero, ¡ay de ti, si se lo dices!
(Zumbona.) Te aconsejo que finjas no advertirlo...

AGAMENÓN.- (Con la misma tristeza, apoyando una mano en el hombro de ELECTRA, y mirando al vacío.)
También he envejecido y o...

ELECTRA.- (Vehemente.) ¡Oh, no! ¡Tú, no!

AGAMENÓN.- (Con gesto de impotencia.) Soy mayor que ella. Le llevo casi diez años...

ELECTRA.- (Con gesto de protesta.) ¡Pero es muy distinto!
(Juntándose a él.) Tú eres magnífico, padre... tú eres como un dios...

AGAMENÓN.- (Abrazándola, reacciona muy halagado.)
Me miras tú con muy buenos ojos, y eso me gusta... tú y yo vamos a ser muy amigos... **(Corta pausa.)** Así que te parezco un dios...

ELECTRA.- (Abrazada a él fuertemente, casi en éxtasis.)
Eres un dios...

(Sale CLITEMNESTRA por la puerta del fondo, lujosamente ataviada. Se detiene bajo el umbral, mirando a AGAMENÓN y ELECTRA, que la ven a su vez, y se separan. AGAMENÓN lo hace con tranquilidad, pero ELECTRA se aparta asustada y rápidamente, como si hubieses sido cogida en una falta.)

CLITEMNESTRA.- (A AGAMENÓN, erguida y solemne.) Sé bienvenido a tu casa, después de diez años.

AGAMENÓN.- (Irónico.) Mentiría si te dijese que esperaba de ti un recibimiento caluroso.

CLITEMNESTRA.- (Como antes.) ¿Por qué?

AGAMENÓN.- (Se encoge de hombros.) No me has sorprendido. Jamás me sorprendiste, esa es la verdad.

CLITEMNESTRA.- Ya lo sé. Tú eres un hombre glorioso, y yo sólo soy una mujer. La esposa monótona de todos los días... aunque hay an pasado diez años.

AGAMENÓN.- (Señalando a ELECTRA.) Ella sí me ha sorprendido.

CLITEMNESTRA.- (Irónica.) Ella es tu hija y yo no.

AGAMENÓN.- Ella ha cambiado y tú eres la misma. Como si me hubiese ido ayer. (A ELECTRA.) No es verdad lo que me decías, Electra.

CLITEMNESTRA.- (A ELECTRA, severa.) ¿Qué has estado hablando de mí?

ELECTRA.- (Desafiante.) Nada.

CLITEMNESTRA.- Estás mintiendo.

AGAMENÓN.- (Tajante.) Déjala en paz.

(ELECTRA le mira con admiración y gratitud.)

CLITEMNESTRA.- (Tras observar la mirada de ELECTRA.) Electra, las muchachas están preparando el baño de tu padre. Ve a vigilarlas, para que lo hagan como es debido.

(ELECTRA consulta con la mirada a AGAMENÓN.)

AGAMENÓN.- (Respondiendo a la mirada de ELECTRA con dulzura.) Anda, ve.

(Sale ELECTRA muy erguida por la puerta del fondo, mirando con desdén a CLITEMNESTRA al cruzarse con ella.)

CLITEMNESTRA.- (Tras marcharse ELECTRA.) Tu hija es una insolente, y ha encontrado quien la apoye.

AGAMENÓN.- (De mal humor.) Si es una insolente, sin duda se parece a su madre.

CLITEMNESTRA.- ¡No has hecho más que llegar, y ya me estás insultando!

AGAMENÓN.- Tampoco a ti te encuentro muy amable.

CLITEMNESTRA.- (**Siempre altiva.**) Me encuentras cumpliendo con mi deber. Vuelves a tu casa, y la hallas en orden, limpia y abastecida para tu comodidad y tu descanso. No la encontrarías así sin mi solicitud y mi trabajo.

AGAMENÓN.- Es tu obligación cuidar de la casa. No podías hacer menos.

CLITEMNESTRA.- ¿Has hecho tú más? Diez años hace que saliste por esa puerta.

AGAMENÓN.- ¿Salí acaso por gusto?

CLITEMNESTRA.- Esa expedición, tú la organizaste; nadie te llevó a ella.

AGAMENÓN.- Mujer, no he venido para discutir contigo en la puerta de mi casa.

CLITEMNESTRA.- Pues lo estás haciendo.

AGAMENÓN.- Te equivocas: yo no discuto con mujeres.

CLITEMNESTRA.- Ya, ya lo sé: tampoco tú has cambiado.

AGAMENÓN.- ¿Por qué habría de hacerlo?

CLITEMNESTRA.- Es cierto: has vuelto vencedor, ¿por qué habías de cambiar? Un vencedor no cambia, ¿para qué?

AGAMENÓN.- Eso es cierto.

CLITEMNESTRA.- (**Irritada.**) ¡Ni un vencido, tampoco!

AGAMENÓN.- No te entiendo.

CLITEMNESTRA.- Ni quiero que me entiendas.

AGAMENÓN.- (**Despectivo.**) Tu insolencia ha crecido en estos años.

CLITEMNESTRA.- Será que soy más vieja.

AGAMENÓN.- (**Deniega con la cabeza.**) Has estado de ama. Se te ha subido el mando a la cabeza.

CLITEMNESTRA.- Afortunadamente estás de vuelta, y podrás remediarlo.

AGAMENÓN.- (Sonriendo.) Y lo haré, no lo dudes. Ya estás tascando el freno. Por eso echas espuma. No es buena una mujer tanto tiempo de dueña, sin hombre que la dome.

CLITEMNESTRA.- (Irónica.) Ese mal ha pasado: ya soy de nuevo sierva de mi amo Agamenón.

AGAMENÓN.- (Severo.) Aún no lo eres, pero yo te pondré en tu sitio. Y el que Agamenón sea para ti un marido o un amo, de ti dependerá.

CLITEMNESTRA.- (Encogiéndose de hombros.) Dependerá de ti, y lo sabes muy bien. Y yo sé que entre amo y marido, la diferencia es la misma que entre un amo duro y un amo indulgente. Me has dado a escoger entre dos clases de amo.

AGAMENÓN.- (Entre severo y risueño.) Estás tú más arisca que una bestia en el monte: te han faltado dos cosas que toda mujer debe sentir: mano dura, y un hombre en la cama.

CLITEMNESTRA.- (Se echa a reír, sin poderse contener.) ¡Buen remedio, por los dioses!

AGAMENÓN.- (Riendo también.) No te rías, que es verdad. Lo que pasa es que lo has olvidado. Cuando por la mañana te levantes con dolor de cintura, me darás la razón.

CLITEMNESTRA.- (Divertida.) ¿Y si no te la diera?

AGAMENÓN.- (Sonriendo.) Me la darás, seguro. Lo sé perfectamente.

CLITEMNESTRA.- (Con tono de protesta.) ¡Tú lo sabes todo!

AGAMENÓN.- (Paciente.) Ea, no disputemos de nuevo. Nada se adelantaría. Pasemos, me quitaré las armas.

CLITEMNESTRA.- No me has preguntado por tus hijos.

AGAMENÓN.- A Electra ya la he visto. También veré a los otros.

CLITEMNESTRA.- Orestes está en la Fócide, con tu hermana Anaxibia. Egisto sí está aquí, le verás en seguida.

AGAMENÓN.- (Por sus armas.) Tengo ganas de quitarme este peso de encima.

CLITEMNESTRA.- Espera, no entres sin que Egisto haya salido a recibirte. Luego le dolería.

AGAMENÓN.- Pues, ¿qué espera?

CLITEMNESTRA.- (Grita hacia el interior, desde la puerta del fondo.) ¡Egisto! ¡Egisto!... ¿No sales? (A AGAMENÓN.) Le impresionas demasiado. Sus recuerdos y la fama de tu gloria te han convertido a sus ojos en un ser muy alto. Por eso desea y teme al mismo tiempo encontrarse contigo, y ahora retrasa su salida. (Al interior, de nuevo.) ¡Hijo! ¡Egisto!... ¡Sal a ver a tu padre! ¡Te está esperando!

AGAMENÓN.- (Irónico.) Electra me esperaba en la puerta de la casa, pero a éste le tengo que esperar yo.

CLITEMNESTRA.- Porque es menos descarado que su hermana, y te tiene más respeto. (Mirando al interior.) Ahora llega. Ven, no te detengas. ¿Por qué has tardado tanto? (Da un paso hacia el interior, y saca a EGISTO, cogido de la mano. A AGAMENÓN.) Aquí está, mírale. Un joven bien gallardo. (A EGISTO, que está muy turbado.) ¿Saludas a tu padre? No te quedes callado, pensará que eres necio.

EGISTO.- (Mientras AGAMENÓN le mira de arriba abajo, sin ningún entusiasmo.) Sé bienvenido.

CLITEMNESTRA.- (A AGAMENÓN.) Y tú, ¿no dices nada? ¿Por qué le miras tanto? También éste ha cambiado, ¿no es cierto? (Mirando a EGISTO complacida.) Es un mozo fuerte y valiente, no tendrás queja de él.

AGAMENÓN.- (Escéptico.) Es un hermoso joven.

CLITEMNESTRA.- No lo dudes, es un digno hijo tuyo.

AGAMENÓN.- Quiero decir que tiene un lindo rostro.

CLITEMNESTRA.- (Irritada, mientras EGISTO se yergue frunciendo el entrecejo.) ¿Nada más?

AGAMENÓN.- (Mirando a EGISTO y sonriendo.) Nada más.

CLITEMNESTRA.- (Contenida.) La culpa ha sido mía. Si yo te hubiese dicho que es un mozo deforme, hubieras respondido que te parece un dios. Pero lo he hecho al revés, y al revés ha salido. **(A EGISTO.)** No hagas caso a tu padre, no ha dicho lo que siente.

AGAMENÓN.- Siempre digo lo que siento. **(A EGISTO.)** Créeme, aún no tienes hechuras de hombre. Eso se ve en seguida. Ni podías tenerlas, pegado a las faldas de tu madre, como has estado siempre.

CLITEMNESTRA.- (Irritándose.) Pues, ¿qué tienen de malo las faldas de una madre?

AGAMENÓN.- No son el mejor sitio para llegar a hombre. Demasiado calientes, pegajosas y blandas... Así ha salido el mozo...

CLITEMNESTRA.- Muy pronto le has juzgado. Tan sólo con mirarle.

AGAMENÓN.- No creo haber errado.

CLITEMNESTRA.- A los que en Troya combatían a tus órdenes, ¿los juzgabas también por su aspecto? Sin duda, cometiste bastantes injusticias.

AGAMENÓN.- Fui razonable y justo, y eso todos lo saben.

CLITEMNESTRA.- (Irónica.) Pues no son esas las noticias que aquí nos han llegado.

AGAMENÓN.- (Sombrío.) Ya veo que has tenido las orejas bien abiertas para la calumnia. Hay aquí mucho que arreglar. Más de lo que esperaba.

CLITEMNESTRA.- (Como antes.) ¿Entonces, no es verdad que le robaste a Aquiles una esclava? ¿Ni que prohibiste dar a Ajax sepultura?

AGAMENÓN.- Ya lo he dicho: hay mucho que arreglar en esta casa.

CLITEMNESTRA.- Pero, ¿es verdad, o no, lo que yo digo? ¿Por qué no me contestas?

AGAMENÓN.- Porque eso no te importa. **(Irritado.)** ¡Eso tú no lo entiendes! ¿Qué sabes tú de guerras? En cambio, has olvidado lo que debes saber: trabajo y obediencia, recato y discreción. ¡Crear lo que yo diga, y no contradecirme!... **(Corta pausa. Pasa a un tono benévolo, en brusca transición, colocando un brazo sobre los hombros de CLITEMNESTRA.)**

¡Mujer, no he venido a reñirte! Créeme, si lo hago es por tu bien, es para corregirte... Eres débil, y en tanto tiempo sola, has cometido faltas... pero yo las perdono... aunque las corrija, es necesario... Procede como he dicho, y me tendrás contento... un marido es fácil de complacer, su autoridad se endulza con su amor... **(A EGISTO.)** También digo estas cosas para ti, hijo.

(CLITEMNESTRA quita de sus hombros el brazo de AGAMENÓN, apartándose de él.)

CLITEMNESTRA.- **(A EGISTO.)** No te dejes embaucar.

AGAMENÓN.- ¿Qué dices? ¿Estás loca?

CLITEMNESTRA.- **(A EGISTO.)** Ya le has oído: si somos como él quiere, estará satisfecho. Si no, nos corregirá. **(Señalando a AGAMENÓN.)** Ahí tienes al amo. Nuestro amo.

AGAMENÓN.- **(Furioso, coge por un brazo a CLITEMNESTRA, zarandeándola.)** ¡Pues si tú quieres amo, amo vas a tener!

CLITEMNESTRA.- **(A EGISTO, como pidiendo auxilio.)** ¡Hijo!

EGISTO.- **(Enérgico, a AGAMENÓN.)** ¡Déjala!

AGAMENÓN.- **(Mira a EGISTO sorprendido, sin soltar a CLITEMNESTRA, aunque sin zarandearla.)** ¿Qué has dicho? ¿Que la deje?

EGISTO.- **(Como antes.)** ¡Sí, que la dejes! ¡Suéltala! **(A CLITEMNESTRA, con tono afable.)** Y tú, madre, sé más prudente. ¿Por qué has dicho esas cosas?

(AGAMENÓN está confuso, sin reaccionar. EGISTO lo advierte, y adopta un tono hipócrita, dirigiéndose a CLITEMNESTRA.)

No irrites a mi padre... debemos respetarle... ¿Es tan difícil ser obediente y fiel a quien nos ama?

AGAMENÓN.- (A CLITEMNESTRA, a quien sigue sujetando con una mano, señalando con la otra a EGISTO.) ¡Mira! Tu propio hijo te enseña la virtud... quien de ti debiera aprenderla.

CLITEMNESTRA.- (Resignada, a EGISTO.) Bien te has apresurado a doblar la cerviz...

EGISTO.- (Como antes, a CLITEMNESTRA.) Hazlo tú también, y serás dichosa.

AGAMENÓN.- Sigue ese consejo, te irá mejor. Él es más discreto que tú.

CLITEMNESTRA.- (Mira largamente a EGISTO, y se dirige a AGAMENÓN.) Olvida cuanto he dicho. Hablaste duramente, y con dureza respondí.

AGAMENÓN.- No es cierto, yo fui conciliador, y lo sigo siendo. No volvamos sobre ello. (A EGISTO.) Pareces tú muy prudente, pero cuida de no volver a hablarme en el tono en que lo has hecho. Ten mucho cuidado. (Severo.) Estás tú muy crecido, pero yo aún soy demasiado joven para que tú me des órdenes, ¿lo has entendido? Cuando sea un viejo inútil, podrás hacerlo. Ahora, no.

EGISTO.- Yo no te he dado órdenes.

AGAMENÓN.- (Igualmente severo.) Sí, lo has hecho. Y no lo volveré a tolerar. No eres tú quien tiene que ponerme en mi sitio, sino yo a ti en el tuyo. Y lo haré.

EGISTO.- (Respetuoso y ofendido.) Yo no he querido ponerte...

AGAMENÓN.- (Le interrumpe.) ¡Cállate! No me repliques... Eres tú muy largo de lengua, te pareces a tu madre... ¿te han crecido los brazos de igual modo?, ¿eh? No, ¿verdad? Por eso, mientras yo peleaba en Troya, tú estabas aquí con todo regalo, comiendo y bebiendo... Ya habías crecido, pero no se te ocurrió acudir a la pelea para ayudar a tu padre...

CLITEMNESTRA.- (Interviniendo, irritada.) ¿Cómo puedes decir eso? ¿No ves que es un niño?

(EGISTO, mirando a AGAMENÓN de mal talante, impone a CLITEMNESTRA silencio con un gesto despectivo de la mano. CLITEMNESTRA no hace caso.)

¿Desde cuándo los niños van a la guerra?

AGAMENÓN.- (Sonriendo.) Más joven es Neoptólemo que éste, pero allí llegó hace poco, y tosió parte en la conquista de la ciudad.

EGISTO.- (Irónico, con ligero tono de desafío.) Lo sabemos. Pero no estoy en su caso. Su padre había muerto, y fueron a buscarle para que mandase a los mirmidones. En cambio, mi padre vivía, y nadie vino a buscarme.

AGAMENÓN.- ¿Y no se te ocurrió ir sin que te buscasen?

EGISTO.- Te hubieras irritado.

AGAMENÓN.- Estoy cansado, quiero quitarme esto (Por las armas.) y bañarme...

CLITEMNESTRA.- Las mujeres están preparando el baño, espera a que avise Electra. En cuanto a las armas, no sé por qué las conservas. Podrías habértelas quitado. (Se acerca a AGAMENÓN, y le desata el casco de la cintura, quedándose con él y sosteniéndolo abrazado.) Dale tu escudo a Egisto.

AGAMENÓN.- Pesa demasiado.

(EGISTO, sonriente, se adelanta.)

CLITEMNESTRA.- Tu hijo no es una niña. Anda, dáselo tú mismo, de tu mano. Algún día, él lo sostendrá para defender esta casa. ¡Cómo ha soñado con el escudo de su padre!... Déjale tomarlo, te lo ruego.

AGAMENÓN.- (Irónico, a EGISTO.) ¿Estás seguro de poderlo sujetar?

(En la puerta del fondo aparece ELECTRA, que se queda, silenciosa, junto al umbral, mirando.)

EGISTO.- (Irónico, a su vez.) También yo tengo manos.

(AGAMENÓN, sin contestar, desata sobre su pecho las hebillas que sujetan el escudo. Su mano izquierda, en el hombro del mismo lado, tiene fuertemente asida la correa para evitar que caiga cuando quede desatado.

Previamente ha separado las piernas para fortalecer su equilibrio. Con una torsión del brazo izquierdo, hace que el escudo recorra un semicírculo a su alrededor, quedando ante él, y en seguida, su mano derecha lo sujeta por el borde, mientras la izquierda se acomoda en el borde opuesto. Los movimientos han sido rápidos y armónicos, dando una impresión de fuerza y facilidad.)

AGAMENÓN.- (Con el escudo en las manos.) Este es el escudo de Agamenón, bien conocido es en toda Grecia. Diez círculos de bronce, veinte bollos de estaño, y uno de hierro. Mira las dos figuras que hay a los lados de la Gorgona: son el Terror y la Fuga. Un arma soberbia, ¿no es cierto?

EGISTO.- (Mirándolo.) Sí, soberbia.

AGAMENÓN.- Pues bien, cógelo. Lo dejo a tu cuidado.

(EGISTO, confiado, abre sus brazos y coge el escudo por los bordes. AGAMENÓN lo suelta, y la cintura de EGISTO se dobla rápidamente, aunque no suelta el peso. Con gran esfuerzo, se endereza un poco, pero se agota totalmente, y tras un instante de equilibrio, deja caer al suelo el escudo, mientras él se tambalea. Corto silencio, que corta la risa de ELECTRA.)

CLITEMNESTRA.- (Irritada, a ELECTRA.) ¿Qué haces ahí?

ELECTRA.- (A AGAMENÓN.) Ya está tu baño, padre.
¿Vienes?

AGAMENÓN.- Sí. (Toma el casco, de las manos de CLITEMNESTRA. AEGISTO, señalando el escudo.) Quédate a su cuidado. Puedes sentarte encima, si lo deseas.

(ELECTRA ríe, cogiendo un brazo de AGAMENÓN. Salen AGAMENÓN y ELECTRA, por la puerta del fondo.)

EGISTO.- (Abatido, tras una pausa.) ¡Qué vergüenza, madre! ¡Qué vergüenza!

CLITEMNESTRA.- ¡Bah!... Yo me alegro: así la vanidad no hará de ti un tonto y un tirano como él.

EGISTO.- (Con aflicción.) ¿Has visto cómo se ha reído mi hermana?

CLITEMNESTRA.- Y qué se te da a ti de la risa de una chiquilla loca?

EGISTO.- (Desesperado.) ¡Oh, madre! ¡Qué insensatos hemos sido, qué insensatos!... ¡Vencer nosotros a ese hombre!... ¡Nosotros!...

CLITEMNESTRA.- (Colérica, con voz sorda.) ¡Desgraciado! ¿Ahora te vas a acobardar?

EGISTO.- (Afligido.) ¡Pero madre! ¿Es que no lo has visto? ¡Si no puedo ni sostener su escudo!...

CLITEMNESTRA.- (Como antes.) ¿Y a mí eso qué me importa? (Señala el escudo.) ¿Para qué queremos nosotros esa inútil carga? Tu tienes que hacer lo que te dije ayer, ¿me has oído? Nada más que eso... Haciéndolo así, lo mismo da que Agamenón tenga la tuerza de diez bueyes o a la de una criatura: morirá igual.

EGISTO.- Si falla, no tendremos salvación...

CLITEMNESTRA.- Ya te he dicho que tú no aparecerás hasta que yo no le haya trabado bien con la red, y esté tan indefenso como un niño. Si mi trabajo fracasara, el no sabría que tú estás de acuerdo conmigo. Por eso antes le hablé con insolencia: si esto se estropea, no pensaré mal más que de mí.

EGISTO.- (Temeroso.) Y de mí también, estoy seguro.

CLITEMNESTRA.- (Dulce.) Hijo, no seas niño. Si queremos ser libres, tenemos que arriesgarnos. Piensa en la vida que nos espera, si Agamenón vive. ¿No me quieres sólo para ti? Pues...

EGISTO.- (La interrumpe, apretándose las sienes.) ¡Lo sé, lo sé!

CLITEMNESTRA.- (Acariciándole un hombro.) No renuncies, por miedo, a lo que es tuyo... ¿Vale la pena vivir, continuamente aplastados bajo sus talones? Nuestra libertad y nuestro amor están a un paso de nosotros, y ese paso hay que darlo sin vacilar... Ayer estabas muy decidido...

EGISTO.- (Mientras mira el escudo, acercándose a él, despacio.) Hoy también lo estoy, sólo que... **(Se inclina sobre el escudo.)**

CLITEMNESTRA.- ¿Qué?

EGISTO.- Nada. **(Coge el borde del escudo con las dos manos juntas, y, con esfuerzo, comienza a levantarlo por la parte en que lo ha cogido.)**

CLITEMNESTRA.- ¿Pero qué haces? **(Con desprecio.)** Deja ese peso odioso, no pienses más en ello...

(Sin contestar, EGISTO lo pone vertical, apoyado su borde en el suelo, y lo hace rodar con precaución, hacia la pared del fondo.)

Espera, voy a ayudarte. **(Se acerca a EGISTO.)**

EGISTO.- (Enérgico, sin dejar su tarea.) ¡No, déjame!

(CLITEMNESTRA se detiene, mirándole. EGISTO, llegado a la pared del fondo, apoya en ella el escudo, junto a la puerta. Se incorpora, despacio.)

CLITEMNESTRA.- ¡Hijo, escúchame! Necesito que te decidas, sin dudar más. El tiempo apremia.

EGISTO.- (Resuelto.) No tengas cuidado, liaré mi parte.

CLITEMNESTRA.- (Con ansiedad.) Si no la haces, estoy perdida. Perdida, ¿entiendes?

(EGISTO asiente con la cabeza. CLITEMNESTRA insiste, insegura de él.)

Cuando esté bien envuelto y trabado, te llamaré... sin saber si vendrás o no. Y si no vienes...

EGISTO.- No tengas miedo. **(Le coge las manos.)** Estaré con el hacha dispuesta, y en cuanto te oiga, saldré a terminar.

(CLITEMNESTRA le mira, implorante. EGISTO la coge de los hombros.)

No tengas miedo.

CLITEMNESTRA.- (Abrazándolo.) No lo tengas tú tampoco. Yo sólo tengo miedo de que lo tengas tú.

EGISTO.- (Abrazándola, a su vez.) Lo sé, lo sé. Ten confianza en mí.

CLITEMNESTRA.- (Le acaricia la cabeza.) ¿Crees que me arriesgaría, si no la tuviera? **(Feliz.)** Todo está dispuesto. Tengo la red escondida en el vaso del aceite, y cuando vaya a salir del baño, al comenzar a ungirle la cabeza, quedará envuelto en ella y caerá en las tibias aguas como un enorme pez. Saldrás de tu escondite, y tú serás su pescador.

(Pausa. EGISTO, pensativo, le acaricia una mejilla.)

Que tu hacha sea como yo misma... piensa que yo soy el instrumento de tu libertad, hiérole con mi propio cuerpo... morirá en el agua, y su sangre la encenderá, poniéndola roja como una inmensa antorcha nupcial...

EGISTO.- ¡Calla, calla!... Hay que hacerlo, pero no te alegres...

CLITEMNESTRA.- ¿Por qué no? La alegría siempre debe acompañar a la victoria...

EGISTO.- A la victoria, pero no al crimen.

CLITEMNESTRA.- ¡Esto no es un crimen!

EGISTO.- Lo es, y tú lo sabes. (**Mira, intranquilo, a las paredes y al techo.**)

CLITEMNESTRA.- Tenemos justa causa... ¿qué miras?

EGISTO.- Los muros de esta casa... la casa de mi padre... ¿tú no temes que puedan aplastarnos?

CLITEMNESTRA.- (Vehemente.) ¿Los muros de esta casa? ¡Pero, hijo! ¿Qué dices? Estas piedras ya conocen de antiguo el vaho de la sangre, se han empapado en ella muchas veces... ¿O es que te has olvidado del banquete de Tiestes? ¡Pues recuérdalo ahora! (**Señala la puerta de la derecha.**) ¡Ahí se celebró! ¡Ahí, en el megarón! Mi suegro, el rey Atreo, convidaba a su hermano, para reconciliarse de pasadas disputas. ¿Dónde fue la matanza? (**Señala la puerta del fondo.**) ¡También en esta casa, no pienses que en la calle! Los dos tiernos hijos de Tiestes fueron degollados, y sus carnes guisadas. Eso fue en la cocina donde se guisa siempre. Creyendo que comía caza, el padre devoró a sus hijitos, riendo alegremente y alabando al cocinero. Por aquí pasaron las fuentes con su asqueroso manjar. Por aquí, por donde estamos nosotros. Salieron de esa puerta (**Señala la del fondo.**) y entraron por esa (**Señala la de la derecha.**) Y cuando Tiestes lo hubo comido todo y quedó bien ahíto, hizo ese mismo camino (**Señala con la mano el itinerario de una puerta a la otra.**) un esclavo con las cabezas de los niños, para que el padre supiese qué caza había comido. Atreo se reía, mientras su hermano Tiestes caía contra el suelo, llorando y vomitando. ¿Crees que se hundió la casa? ¡No se le abrió una grieta! ¡Ni una!

EGISTO.- (Se encoge de hombros.) Todo eso ya lo sabía... es cosa pasada...

CLITEMNESTRA.- Mañana será cosa pasada lo que tenemos que hacer hoy.

EGISTO.- Voy a esconderme en mi sitio, debo estar preparado. (**Va hacia la puerta del fondo.**)

CLITEMNESTRA.- (Semiabrazándole.) ¿Puedo estar tranquila? ¿No vas a traicionarme?

EGISTO.- (Acariciándole la cabeza.) Ya te lo he dicho.

(Sale ELECTRA por la puerta del fondo. Al verlos, adopta una actitud irónica. EGISTO se turba; CLITEMNESTRA, no.)

CLITEMNESTRA.- (Áspera, a ELECTRA.) ¿Qué quieres?

ELECTRA.- ¿Dónde has puesto el aceite? Voy a ungir a mi padre.

CLITEMNESTRA.- Ya iré yo para ungirlo.

ELECTRA.- (Irónica.) Quédate con Egisto.

CLITEMNESTRA.- Tienes mucho descaro.

ELECTRA.- (Viendo el escudo.) Pero, ¿quién ha movido el escudo de mi padre? (Con irónica admiración.) ¿Has sido tú, Egisto?

EGISTO.- (Molesto y confuso.) Sí, yo he sido, ¿qué pasa?

CLITEMNESTRA.- (A EGISTO, empujándole al interior.) Anda, ve a lo que tengas que hacer.

ELECTRA.- (A EGISTO, con ironía, cuando pasa por su lado.) Tienes tú mucha fuerza, cuando él no está delante...

(EGISTO sale deprisa, por la puerta del fondo.)

(A CLITEMNESTRA.) ¿No me das el aceite?

CLITEMNESTRA.- (Va hacia la misma puerta.) Voy a ocuparme de eso.

(ELECTRA hace ademán de acompañarla y CLITEMNESTRA se lo corta.)

Tú quédate aquí.

ELECTRA.- (Sorprendida y contrariada.) ¿Aquí? ¿Para qué?

CLITEMNESTRA.- (Tras muy corta vacilación, señala el escudo.) Cuida de eso hasta que sea recogido.

ELECTRA.- El escudo de mi padre se guarda por sí solo. Lo custodia su peso.

CLITEMNESTRA.- ¿Tanto como le quieres, y ni eso puedes hacer por él?

ELECTRA.- Prefiero ungir su cuerpo.

CLITEMNESTRA.- Tú eres una doncella, y no puedes hacerlo: sería una indecencia.

ELECTRA.- (Da media vuelta, apartándose despechada.) ¡En cambio tú sí puedes!

CLITEMNESTRA.- (Desde la puerta.) Yo ya le he dado hijos. No te apartes de aquí. **(Sale.)**

ELECTRA.- (Al quedarse sola, mira hacia la puerta por la que salió CLITEMNESTRA. Con odio.) Anda, vete, vete con él. Para mí no es decente, y para ti sí. Tómallo, trágatelo... **(Se acerca a la puerta, dirigiéndose al vano, a media voz.)** Pero él a quien quiere es a mí. ¡A mí!... **(Se vuelve, lentamente.)** Aquí mismo me lo ha dicho... ¡que vamos a ser muy amigos!, saldremos juntos al campo... ¡los dos solos! **(Se le ha pasado la cólera. Ahora es feliz. Se sienta junto al escudo, y apoya en él la cabeza, soñadora.)** Nos levantaremos muy temprano y nos iremos fuera de la ciudad, a saludar al sol recién nacido...

(Paulatinamente, va desapareciendo el escenario en la oscuridad. Sólo queda iluminada ELECTRA envuelta en la luz irreal que le manda un foso.)

Despertará la tierra para nosotros solos, y el día nuevo y limpio será para nosotros la vida que comienza... (**Acaricia suavemente la superficie del escudo.**) nuestra vida pura y brillante que va a empezar ahora, ¿no es verdad, padre mío? (**Besa el escudo.**) Aún quedarán estrellas, y nosotros saldremos (**Se incorpora, dirigiéndose a la puerta del fondo.**) cogidos de la mano... (**Medio pasa por la puerta, y desde allí, mira la escena. Se vuelve hacia el interior, con ademán de imponer silencio.**) ¡Ssst! Todo el palacio duerme...

(**Sale del todo. Detrás de ella, cogiéndola de la mano, sale AGAMENÓN. Es un AGAMENÓN totalmente rejuvenecido, ágil, sonriente y feliz. Su túnica, muy corta y de inmaculada blancura, le da un aspecto deportivo. El ademán de ambos, sonrientes y sigilosos, es de alegre complicidad.**)

Cuando ellos se despierten y a estaremos bien lejos...

AGAMENÓN.- Corre, vámonos fuera, donde nadie nos vea ni veamos a nadie.

ELECTRA.- Todo el día para nosotros. Volveremos de noche.

AGAMENÓN.- (**Enlazando con un brazo la cintura de ELECTRA.**) Ya viene el alba, mira. ¡Qué hermoso que está el campo! Respira hondo, con los ojos cerrados, ¿no notas cómo huele?

ELECTRA.- (**Reclinada sobre él.**) Es olor a mañana... (**Señala.**) ¡Mira! ¡El sol! Ya está saliendo...

AGAMENÓN.- (**Mirando, con ELECTRA abrazada.**) Nuestro sol.

(**Paulatinamente, de forma insensible, el negro hueco de la puerta del fondo se irá tiñendo con una luz rosada, cada vez más fuerte, hasta ser intensamente roja al final de la escena.**)

ELECTRA.- ¡Cuánto hemos andado, padre! Estoy cansada...

AGAMENÓN.- ¿Tan pronto? ¿Quieres que descansemos?

ELECTRA.- No, no quiero. Prometiste llevarme a tus espaldas.

AGAMENÓN.- Te llevaré en mis brazos **(La toma en brazos, riendo.)** ¡Y correré contigo! No pesas nada, podría llevarte todo el día.

ELECTRA.- **(Riendo, sin temor a que AGAMENÓN la oiga.)** Tú no puedes saber que mi cansancio es fingido, me guardaré muy bien de decírtelo. Es que quiero que cargues conmigo. ¿Te gusta llevarme?

AGAMENÓN.- **(Cariñoso.)** No podría llevar carga más dulce. Te llevaré así hasta el Inaco, y allí jugaremos hasta que caiga la tarde.

ELECTRA.- **(Señalando las columnas de la izquierda.)** Mira esas encinas. ¡Qué troncos tan recios! Vamos bajo ellas... **(Junto a las columnas.)** Déjame en el suelo **(Se pone en pie.)** Me gusta oír el susurro de sus hojas... **(Al lado de una columna, hace ademán de escuchar.)** Parecen mil temblores estremecidos...

AGAMENÓN.- **(Junto a ella, escuchando también.)** A mí también... es la voz del padre Zeus...

ELECTRA.- La voz de un padre cariñoso y solícito... como tú...

(Ambos escuchan. De improviso, ELECTRA ríe y se oculta tras de una columna. Riendo también, AGAMENÓN la busca ocultándose a su vez, mientras ELECTRA reaparece, rodeándola. En este momento, un estridente alarido sale del interior de la casa. ELECTRA se vuelve, rápida, hacia la puerta del fondo, y queda paralizada. Se ha apagado la luz que alumbraba su sueño, pero la ilumina la luz roja de la puerta, cuyo vano es ahora como una enorme brasa ardiente. Al final del alarido, ELECTRA, clavada en el suelo e incapaz de reaccionar, se lleva lentamente las manos temblorosas hacia las mejillas, pero antes de que lleguen a ellas, el grito se repite. Es la voz potente y desgarrada de una bestia herida. ELECTRA grita a su vez,

con los puños en la frente, y su agudo clamor se suma al alarido del interior y se prolonga, después que éste termina en una recia náusea. Corre hacia el rojo vano en la puerta, hablando con voz vacilante al principio, y fuerte al final.)

¡Qué!... ¡Qué ha sido eso!... (Al llegar a la puerta, se apoya en el umbral y mira el interior. Se tambalea, y se coge la cabeza con las manos. Con voz ronca.) ¡Ay, padre, padre!... (Se endereza, y pasa al interior. La puerta ilumina de rojo la escena vacía.)

TELÓN

SEGUNDO ACTO

Primer cuadro

La tumba de AGAMENÓN. Un *dromos* o pasillo recto, sin techumbre, avanza derecho hacia el fondo. Las paredes del pasillo son más elevadas a medida que se acercan al final, en el que hay una puerta que daría acceso a la tumba propiamente dicha. Delante de esa puerta, hay un pequeño altar. A derecha e izquierda de las dos paredes del pasillo, una especie de colina o montículo rodearía la tumba, de manera que no queda espacio en la parte exterior de dichas paredes. Es de noche. Claridad lunar, y zonas de espesa sombra. En escena, CLITEMNESTRA y EGISTO, ambos con amplios mantos negros. Hay grandes marcas negras en el rostro de EGISTO y otra en la frente de CLITEMNESTRA.

CLITEMNESTRA.- Ya tiene sus ofrendas de esta noche. Anda, vamos. Es tarde. (EGISTO mira la tumba sin moverse. CLITEMNESTRA también la mira. Corta pausa.) Toda Micenas ha trabajado en la construcción de esta tumba, la más

suntuosa que ningún rey ha tenido, y sin embargo... no sé, no he vuelto a estar tranquila...

EGISTO.- Ya nunca lo estaremos, eso es fatal.

CLITEMNESTRA.- Quizá hemos hecho lo peor que podíamos hacer... le hemos recordado demasiado, y los muertos no mueren si no están olvidados... debimos enterrarle en cualquier sitio, y apresurarnos a vivir nosotros mismos...

EGISTO.- Debimos añadir al crimen la impiedad?

CLITEMNESTRA.- (Intranquila.) ¿Por qué dices eso? No es impiedad gozar la dulce vida...

EGISTO.- Pero lo es no honrar a los difuntos.

CLITEMNESTRA.- ¿Acaso no está ya éste bien honrado?

EGISTO.- Debieras recordar cuál fue su muerte.

CLITEMNESTRA.- La recuerdo muy bien: le mataste con un hacha.

EGISTO.- ¿Y tú eres inocente?

CLITEMNESTRA.- (Tras una pausa, sin mirar a EGISTO.) Si hubiera muerto en Troya... ¡qué distinto sería!

EGISTO.- No podemos saber cómo sería. No murió allí.

CLITEMNESTRA.- (Impaciente.) ¡Es fácil figurárselo!... Los dos seríamos libres, sin sentirnos culpables...

EGISTO.- (Irónico.) También te figurabas que viviríamos muy bien después que le matásemos... **(Acentuando la ironía.)** ¡Seríamos felices!...

CLITEMNESTRA.- (Enérgica.) Es verdad que no somos felices, pero escucha: **(Señala con el dedo la puerta de la tumba.)** ¡Aún lo seríamos menos, si el que está ahí viviese!

EGISTO.- (Se encoge de hombros.) Sabes que estás mintiendo...

CLITEMNESTRA.- Sé que digo la verdad, y tú también debieras de saberlo.

EGISTO.- (Con extrañeza.) Entonces... ¿tú no estás arrepentida?

CLITEMNESTRA.- (Estupefacta.) ¿Arrepentida, dices?...

EGISTO.- (Consternado.) Pero tú tienes conciencia de tu culpa... lo has dicho muchas veces...

CLITEMNESTRA.- Es cierto que la tengo, pero no me arrepiento. Prefiero vivir con mi culpa y libre, que sin ella y bajo los pies de Agamenón.

EGISTO.- (Irónico.) Viviendo bajo sus pies, como tú dices, no aullarías por las noches, empavorecida por sueños y presagios. ¡Si empiezas a temblar en cuanto el sol se pone!

CLITEMNESTRA.- Más vale pasar miedo de noche sin causa, que de día con ella.

EGISTO.- Pues yo te digo que, viviendo mi padre, hubiéramos estado tranquilos, con sólo cuidar de no irritarle. Él era bueno y nos quería.

CLITEMNESTRA.- Ahora es fácil decir eso, cuando ya no tiembles delante de sus ojos y sólo recuerdas lo bueno que tenía.

EGISTO.- ¡Ojalá pudieran sus ojos mirarme, aunque yo temblara!

CLITEMNESTRA.- (Irritada.) ¡Pero qué estás diciendo! ¿No te da vergüenza?

EGISTO.- No, no me da. Y tú piensas lo mismo, aunque no lo confieses.

CLITEMNESTRA.- (Sorprendida.) ¿Yo?

EGISTO.- Cuando las pesadillas te despiertan de noche, y gritas sudorosa y helada, darías cualquier cosa por no haberle matado.

CLITEMNESTRA.- Pues te equivocas. Despierto sobresaltada y grito de pavor, es cierto. Pero al mismo tiempo, aprieto los puños y digo: ¡estás bien en tu tumba!... Mejor libre con miedo, que esclava sin él.

EGISTO.- (Tras corta pausa.) Siempre has alardeado de tener alma dura, de ser siempre lo mismo. Nunca te arrepentiste de nada que hayas hecho...

CLITEMNESTRA.- (Con orgullo.) No, de nada.

EGISTO.- (Escéptico.) ¿Y qué? ¿Eres más feliz por eso? No. Estás igual que yo. ¿De qué te sirve?

CLITEMNESTRA.- Me sirve para no cubrirme de vergüenza llorando la muerte de mi amo.

EGISTO.- Has venido a su tumba para honrarle, ¿crees que lo haces, hablando así? Luego te quejarás de tener malos sueños...

CLITEMNESTRA.- Ahora no estoy en mi cama, y no quiero privarme de la libertad de decir lo que pienso.

EGISTO.- Yo, en cambio, duermo toda la noche.

CLITEMNESTRA.- Bien lo pagas durante el día, doblando la cerviz ante el recuerdo del muerto, alabándole siempre, y temblando como un perro, igual que si aún viviese. Sigues siendo su esclavo, luego no le mataste. Por eso duermes toda la noche, pero ¡a qué precio!

EGISTO.- Le recuerdo con dolor y le honro con sinceridad; es lo menos que podemos hacer.

CLITEMNESTRA.- No esperes que te imite.

EGISTO.- Pues no encontrarás paz de otra manera.

CLITEMNESTRA.- Cuando esté muerto del todo, la tendremos. Recordar su existencia, para lamentar su muerte como tú, o para alegrarse de ella como yo, es hacerle vivir junto a nosotros. Por mi parte, estoy resuelta a olvidarle, como si jamás le hubiese visto.

EGISTO.- (Encogiéndose de hombros.) Pero eso no es posible, tú lo sabes.

CLITEMNESTRA.- Si no se intenta, no. Escucha: no volveré a pisar delante de esta tumba, ni a traer más ofrendas, ni a mencionar su nombre. Ni a vestirme de luto, por supuesto. **(Arroja al suelo su manto negro.)**

EGISTO.- (Escandalizado.) ¡Pero qué es lo que haces! ¡Insultas a mi padre delante de su tumba!

CLITEMNESTRA.- ¡Vámonos de aquí, Egisto! Volvamos al palacio, y no pongamos más los pies en este sitio.

EGISTO.- Vete tú, si es tu gusto. Mejor es que te vayas. Yo me quedaré, quiero estar aquí un rato.

CLITEMNESTRA.- (Suplicante.) Hijo, vente conmigo, no me dejes ir sola... ¿Qué vas a hacer tú aquí?

EGISTO.- Nada.

CLITEMNESTRA.- (Triste.) Tú y a no me quieres...

EGISTO.- (Con hastío.) Madre, no empieces con eso...

CLITEMNESTRA.- Es verdad, no me quieres... ¡Cómo has cambiado, Egisto!... No pareces el mismo...

EGISTO.- (Impaciente.) Está bien, anda, vete. **(Recoge del suelo el manto negro de CLITEMNESTRA, y se lo ofrece.)** Toma, pónitelo, y vete.

CLITEMNESTRA.- (Apartándose, con desprecio.) Para ti. Pónitelo sobre el otro, y tendrás doble luto.

EGISTO.- Pónitelo, al menos, para volver a casa. Te van a ver los guardias de la puerta.

CLITEMNESTRA.- No me importa. Prefiero estar desnuda, a llevar otra vez ese harapo.

(EGISTO, irritado, le da la espalda.)

(Dulce.) Entonces, ¿no te vienes?

EGISTO.- Ya te he dicho que no, no lo repitas. Quiero estar aquí solo.

(CLITEMNESTRA hace ademán de hablar, pero se contiene. Se va, despacio, por el lateral derecho de la escena. EGISTO, lentamente, se sienta en el suelo, apoyando un hombro en una de las paredes del *dromos*. Pausa. Comienza hablando despacio, como consigo mismo.)

Hasta estar aquí solo me cuesta una disputa... Pero se está mejor... se tiene casi paz... será tal vez por el silencio, por la quietud... o porque aquí no hay paredes manchadas de sangre...

(Habla hacia la puerta de la tumba.) Si no te pido perdón, es por no enojarte, pero te lo pediría... porque sufro mucho, tú tienes que saberlo... A ella le he mentado, le he dicho que duermo toda la noche, y tú sabes que no es verdad... pero es que me hacen daño sus alardes de victoria sobre ti... Yo no te he vencido, eres tú quien me ha vencido a mí... porque yo te quería, y ahora te quiero mucho más... ¡ahora, que no estás a mi lado, ni lo puedes estar ya nunca!... ¡cuando te has apartado de mí por culpa mía, cuando te he apartado yo!... **(Se medio incorpora, quedando semiarrodillado.)** Pero, verdaderamente, yo no fui quien lo hizo, lo he pensado mucho... yo sólo fui engañado, engañado miserablemente por esa mala mujer... fui apenas su instrumento... nada pensé por mí mismo, ella lo tramó todo, y me sedujo con malas artes, con palabras y promesas absurdas... decía que seríamos como tú, que ocuparíamos tu puesto... Jugó conmigo como una meretriz con un mozo inocente... todo lo malo que podía haber en el fondo de mi alma, las pasiones más vergonzosas, las inclinaciones más repugnantes, la ambición, la concupiscencia, todo lo despertó y lo levantó y con todo se hizo un arma para realizar su perversidad. Por eso fue ella sola quien lo hizo... Yo he sido también su víctima, su víctima inocente... ¡Ay, padre, si pudieras oírme!... Con nadie puedo desahogar mi corazón, todos me creen igual que ella, nadie se fía de mí... mi hermana Electra ni me mira a la cara... ¿A quién puedo yo hablar, si no es a ti? Pero tú no me oyes, es como hablarle al viento, y sigo estando solo... ¡Padre, qué solo estoy! ¡Qué solo estoy con mi negro dolor!... Y condenado a vivir así para siempre, con este sufrimiento que me roe los huesos, con esta negra serpiente enroscada dentro de mí, cada vez más apretada y sin matarme nunca... ¡Cuánto sufro!... ¡si al menos, lo supieras! Pero tú no lo sabes, ni lo sabrás ya nunca... aún es peor que eso: ni siquiera sé si lo sabes o no... ¡quiero que lo sepas, tienes que saberlo...! ¡Si yo supiera que me ves, y que me compadece...! Entonces no me importaría sufrir, al contrario... bien venido sería el sufrimiento, si él me reconciliase contigo... Padre, compadécete de mí y, a cambio, hazme sufrir mil veces más; dame una mirada de amor y, a cambio, hazme sufrir hasta hacer de mí un gusano retorcido... Mírame, soy tu hijo con su crimen a cuestas... si no te apiadas de mí, castígame, al menos, pero no me dejes solo... sal y castígame, te lo suplico... ¡Padre, óyeme, si es que puedes!...

LA VOZ DE AGAMENÓN.- (Desde la tumba.) Te oigo, desdichado. Los muertos oímos la voz de la vergüenza y del dolor.

(EGISTO, transportado, se recoge y oculta su rostro con las manos. Pausa.)

EGISTO.- (Descubriendo su cara. Tembloroso.) ¿Eres tú quien ha hablado? **(Pausa. Más alto.)** ¿Has sido tú, padre? ¿No ha sido una ilusión mía?

LA VOZ DE AGAMENÓN.- Eres más digno de lástima que yo.

EGISTO.- (Conmoverido y esperanzado.) ¡Perdóname! **(Pausa.)** ¿Me has perdonado?

LA VOZ DE AGAMENÓN.- No. Debes pagar mi sangre derramada.

EGISTO.- ¡Pues castígame, entonces!

LA VOZ DE AGAMENÓN.- Yo ya no puedo castigar. Eso has de hacerlo tú.

EGISTO.- ¿Quieres que me mate?

LA VOZ DE AGAMENÓN.- (Tras corta pausa.) Sí.

EGISTO.- (Saca su espada. Vacila.) Padre, lo haré si tú lo quieres... pero, ¿quieres de veras que me mate a mí mismo? **(Pausa.)** Di, ¿lo dices de veras, o es que quieres probarme?

(De la puerta de la tumba, sale el espectro de AGAMENÓN, armado, en actitud hierática; con la mano derecha sujeta sobre su pecho con una gran copa dorada; sobre su cabeza, el gran casco empenachado aumenta prodigiosamente su estatura.)

AGAMENÓN.- Quiero que verdaderamente te mates, pero no con la espada.

EGISTO.- (Tira la espada al suelo. Le está ganando el miedo, pero quiere conservarse entero. Con precaución.) ¿Cómo, entonces?, ¿debo, acaso, colgarme?

AGAMENÓN.- Con todo tu corazón has de matarte: esa será tu arma. Que el parricida Egisto perezca, y en su lugar nacerá el buen hijo inocente y piadoso que hay preso en tu interior. Ese será mi hijo muy amado, y poseerá mi herencia.

EGISTO.- ¡Ay, padre, dices cosas que no entiendo! Dentro de mí, no encontrarás ningún hijo piadoso... ¡Yo sólo tengo dentro una gran piedra negra!... Sólo mi crimen, padre...

AGAMENÓN.- Esa piedra es Egisto, el Egisto malvado que construyó tu madre, el autor de mi muerte. Ese Egisto está hecho de todo lo podrido y todo lo malvado que en tu alma tenías, y él mantiene escondido, encerrado y dormido, cuanto de bueno y noble hubo en tu corazón. Arroja de ti a Egisto, aplasta a esa serpiente que llevas en tu pecho, y deja que en ti vivan la inocencia y la justicia.

EGISTO.- **(Desanimado.)** Si eso fuera posible, ¿tú crees que no lo haría?

AGAMENÓN.- Lo harás muy fácilmente, si lo quieres de veras. Pero será imposible, ciertamente, si en tanto que aquí lloras y profieres lamentos, en el fondo te alegras de no estar a mi lado, sino al lado de aquella parricida ramera, sometido a su influjo. Más vale que la imites sin tanta hipocresía: no vengas a mi tumba, despójate del luto, engalana el palacio y organiza festines. Por lo menos, no añadas la mentira a tu crimen.

EGISTO.- **(Triste.)** No me juzgues con tanta severidad. Yo no soy como ella.

AGAMENÓN.- Eres aún peor, si finges llorar un crimen del que te estás aprovechando.

EGISTO.- ¡Pero yo no finjo!

AGAMENÓN.- Haz un esfuerzo entonces. Sólo serás mi hijo cuando merezcas serlo.

EGISTO.- **(Vacilante.)** Lo intentaré... Pero no estoy seguro...

AGAMENÓN.- Pues tienes que estarlo. Has de limpiarte tú y, cuando seas otro, has de limpiar mi casa. Haciendo eso, harás lo que yo haría si viviese. Tú lo harás por mí. El buen hijo da cima a los trabajos que el padre dejó a medias, y así en él se prolonga el designio y la vida del difunto. Si me amas como dices, haz lo que quise hacer cuando volví de Troya: quise ordenar mi casa, y lo impidió la muerte. Pon en ella orden tú.

EGISTO.- Lo haré, te lo prometo. (**Vacila.**) No sé cómo, pero lo haré... (**Vacila más.**) ¿Mataré a Clitemnestra?

AGAMENÓN.- Piensa antes en Egisto. No dilates su muerte pensando en otras cosas. Expúlsale de ti sin más vacilaciones, recházale con asco, aplasta contra el suelo su vil cara de perro, destrúyela, para que en ti no quede sino aquél que es mi hijo.

EGISTO.- Yo rechazo mi crimen con asco, lo repudio... yo no lo cometí.

AGAMENÓN.- No basta con rechazar tu crimen. Has de apartar también de tu alma cuanto lo hizo posible. Debes abominar de la vida libre y fácil que querías, para abrazarte al orden y a la austeridad. Debes renunciar al deseo de mandar, y desear ser sólo mi mandatario mientras estés en el mundo. Me odiaste porque fui severo y recto, y ahora debes amar mi severidad y mi rectitud. Amaste a tu madre porque fue condescendiente y blanda, y ahora debes odiar su condescendencia y su blandura.

EGISTO.- ¿Así encontraré la paz?

AGAMENÓN.- ¿Fui yo a Troya a buscar la paz? La paz es cosa de mujeres ociosas que se pudren sentadas en su rincón. No se hizo la paz para los hombres, sino el esfuerzo, la lucha y la victoria. Haz lo que te digo, y te empeñarás en lucha por tu perfección, por tu calidad de hijo de Agamenón, por la amistad con tu padre. Y esa lucha no tendrá descanso, siempre has de estar sobre las armas, siempre vigilante. Un descuido puede ser fatal. Diez años luché en Troya, y volví sano y salvo, pero entré en mi casa confiado y sin apercibirme... Encuéntrate a ti mismo, pero no te confíes, ni aun cuando creas que la victoria es tuya, porque un momento de confianza puede hacerte caer de nuevo en los pasados vicios, y alejarte del amor de tu padre... No, no pienses en la paz, porque hija de la paz es la indolencia; de la indolencia, el vicio, y el vicio engendra al crimen... ¿acaso has olvidado que el origen remoto de tu crimen fue aquella paz primera del regazo materno?

EGISTO.- Yo, padre, haré todo cuanto pueda...

AGAMENÓN.- No pienses excusarte alegando que te mando imposibles... lo que te pido es bueno y puede hacerse... pero si tú prefieres permanecer tumbado en tu lecho de fango, quédate en él sin invocar mi piedad diciendo que lo intentaste.

EGISTO.- (Implorante.) No vuelvas tu rostro, ni me recrimines con un tono tan duro...

AGAMENÓN.- ¿Crees que no lo mereces? **(Señala la puerta de la tumba.)** Mira qué morada tiene tu padre, y dime quién le mandó a ella. ¿Qué te había hecho yo? Te había engendrado, si por padre me tienes: te saqué de las negras aguas en que gimen, sin saberlo, los que aún no han nacido, y tú, a cambio, me sumergiste en las aguas rojas de aquel infame baño, con la espalda quebrada. ¿No atendí dignamente tu vida y tu regalo con bienes de mi casa? ¿Te faltó algo por mi culpa? ¿O es que acaso te avergonzabas de un padre demasiado vil?

EGISTO.- (Compungido.) No sigas, te lo ruego...

AGAMENÓN.- Los héroes más gloriosos, los poderosos reyes, los pastores de hombres, me respetaban y me obedecían, fui rey de reyes entre los aqueos y, sin embargo, tuve que morir oscuramente en mi casa, asesinado a traición por mi propio hijo...

EGISTO.- (Como antes.) Basta, padre, basta...

AGAMENÓN.- Y he aquí que, cuando me hallo dispuesto a perdonarte, a llamarte de nuevo mi hijo y a recibirte otra vez en mi amor, no pidiéndote a cambio sino que me ames a tu vez, tú pones dificultades, dudas de poder complacerme, y te quejas de que pido demasiado...

EGISTO.- No, no me quejo... yo haré lo que me pides, te lo prometo, padre...

AGAMENÓN.- Me lo prometes aquí, pero cuando vuelvas al palacio y te encuentres con aquella ramera mirándote con sus ojos de perra, te olvidarás de mí muy fácilmente...

EGISTO.- No, eso no, te lo juro. No me juzgues peor de lo que soy.

AGAMENÓN.- Peor de lo que eres ahora mismo es imposible que pueda serlo nadie.

EGISTO.- Pero seré distinto, haré cuanto me has dicho.

AGAMENÓN.- Procura apresurarte, no lo dejes para luego. Mira que una demora, por pequeña que sea, es ya una derrota.

EGISTO.- Lo haré, te lo aseguro. Me abrazaré con tu justicia y con tu lucha, y no me permitiré ni el descanso ni la debilidad.

AGAMENÓN.- Así has de hacerlo, hijo. Y si alguna vez sientes que el corazón flaquea, recógete en ti mismo y recuerda a tu padre, al padre bondadoso a quien tú diste muerte y que te ha perdonado.

(EGISTO, arrodillado, solloza.)

No llores, hijo.

EGISTO.- Padre, qué bueno eres.

AGAMENÓN.- Ese es el buen camino. Ve por él, y no desfallezcas. Ama aquello que odiabas, y odia cuanto has amado. Cuanto más alto sea yo a tus ojos, más te elevarás tú mismo, puesto que eres mi hijo. Hazte digno de mí, haciéndote exigente contigo mismo. Juzga con rectitud la vida que has llevado, y veras cuán pobre vida resultaba para ti: vivir en la pereza y la molicie, ¿es digno de ti? La libertad sin freno, sin normas superiores a que dar obediencia, ¿es digna de ti? Aquella madre vieja, que ya no tiene belleza, pero cree que la conserva, que ni siquiera es útil, ¿quizá es digna de ti? Créeme: mereces mucho más que todo eso; sólo tienes que verlo por ti mismo, y habrás vencido a Egisto.

EGISTO.- Todo eso que me dices, ya casi lo pensaba... lo sentía oscuramente dentro de mí, como tu voz sumergida en mi sangre...

AGAMENÓN.- Porque yo soy la verdad, hijo. Siempre se encuentra a la verdad como a una antigua conocida, que despierta en el corazón confusos ecos de ignorado origen. Por eso es tan hermosa.

EGISTO.- (Soñador.) Sí, es hermosa la verdad...

AGAMENÓN.- Pues date a ella enteramente, sírvela sin vacilar, porque cada vacilación sería una mentira que te mancharía y te alejaría de ella. Si me amas, séme fiel, y que tu felicidad rechace con indignación cualquier insinuación o pensamiento que pueda llevarte a la duda... no hay para mí nada más abominable que un hombre que duda... dudar es de cobardes, y tú eres el guerrero de tu padre...

EGISTO.- (Entusiasmado.) ¡Oh, sí, el guerrero de mi padre!... Cuando yo luche, tú me verás, ¿no es verdad? Saber que tú me miras multiplicará mis fuerzas...

AGAMENÓN.- (Dulce.) En tanto que lo merezcas, nunca se apartarán de ti mis ojos. No importa que tú no me veas, yo te veré a ti siempre, te seguiré adonde quiera que vayas, y ya jamás te sentirás solo, porque yo estaré a tu lado, para ayudarte sin ser visto... Cada vez que, pensando en mí, cierras los ojos y escuches a tu corazón, envuelta en sus latidos percibirás la voz de tu buen padre... voz silente, callada, para ser escuchada con el alma, y que sólo oirás tú porque hablaré tan sólo para ti...

EGISTO.- (En éxtasis.) ¡Padre, qué feliz soy! ¡Qué feliz seré ya siempre!...

AGAMENÓN.- Persevera en el bien, y cada vez lo serás más, porque cada vez estarás más cerca de tu padre.

EGISTO.- Así lo haré, te lo prometo. Seré un Egisto nuevo...

AGAMENÓN.- (Interrumpiéndole.) Un hombre nuevo, sí, pero no un Egisto nuevo. Que el vergonzoso nombre de ese odioso parricida sea sepultado con él. Si tú naces ahora, debes recibir nombre desde ahora. Llámate Orestes, como el hijo apartado que no participó de la impureza ni el crimen. Que el despertar y el renacer de lo bueno que hay en ti sea como si aquél regresase a su patria, convertido en un hombre, con su corazón limpio y sus manos fuertes. Te llamarás Orestes.

EGISTO.- Sea, pues, como tú dices. Desde esta noche soy Orestes.

AGAMENÓN.- No hagas con ese nombre lo que hiciste con el otro, mira que Egisto aún está en ti. Que Orestes no me traicione, igual que lo hizo Egisto.

EGISTO.- (Vehemente.) No, él no te traicionará, te lo aseguro.

AGAMENÓN.- Sería como matarme de nuevo.

EGISTO.- No, eso no ocurrirá, ten confianza. Orestes no es Egisto.

AGAMENÓN.- Así lo espero, hijo. **(Se va acercando a la puerta de la tumba.)**

EGISTO.- Espera, padre, no te vayas.

AGAMENÓN.- Recuerda la promesa que me has hecho, y no demores el cumplirla.

EGISTO.- No te vayas aún.

AGAMENÓN.- (Ya en la puerta de la tumba.) Haz lo que yo haría si viviese. Que Orestes sea un nuevo Agamenón.

EGISTO.- Lo será, padre, no lo dudes.

AGAMENÓN.- Que el palacio de Micenas siga siendo mi casa.

EGISTO.- Yo haré que lo sea, te lo juro.

AGAMENÓN.- Piensa en mí con frecuencia. Cada vez que en mí pienses, doblarás el amor que te tengo. **(Desaparece.)**

EGISTO.- (Se pasa las manos por la frente y el rostro, como saliendo de un mareo.) Cada vez que piense en él, se doblará su amor por mí... Todo esto lo he soñado... o me lo he figurado... **(Reaccionando.)** no, no: no ha sido un sueño ni una figuración... yo lo he visto, y he hablado con él... era Agamenón, que salió de su tumba para hablar con Orestes... **(Escéptico, de nuevo.)** ¿con Orestes?, pero ¿qué estoy diciendo? ¿Voy a cambiar de nombre, por este fantaseo? **(Nueva reacción, en sentido contrario.)** ¿Y por qué no? ¡No ha sido un fantaseo, he hablado con mi padre! **(Enérgico.)** ¡Y aunque lo hubiese sido! **(Escéptico.)** ¿Y si lo hubiese sido? Una alucinación nocturna... y toda mi vida cambiada de arriba abajo, eso es para reír... ¿soy yo acaso una vieja? Los muertos no salen de sus tumbas... **(Reacciona otra vez.)** ¿Cómo que no salen de sus tumbas?, ¿qué es lo que me pasa?, ¿voy a dudar de lo que he visto? **(Escéptico y triste, denegando con la cabeza.)** Una alucinación... **(Enérgico.)** ¿Acaso no ha pasado nada? Yo era desgraciado, y hablando con él me sentí feliz; estaba podrido, y me volví puro; me sentía vacío, y me encontré con una vida nueva llena de sentido... **(Pasea, aproximándose a una zona oscura de la escena. Se detiene, cabizbajo.)** ¿De sentido?... pero ¿qué sentido tiene todo esto?... **(Con un esfuerzo, apretando los puños en sus ojos.)** ¡Lo tiene!, ¡lo tiene!... ¿Por qué me he de resistir tanto a creer las palabras de mi padre? **(Iluminado.)** ¡Ah!... Es Egisto, Egisto que está aquí **(Se golpea el pecho.)** quien me hace dudar de ellas... **(Reflexivo.)** Pero ¿he perdido el juicio?, ¿no soy yo mismo Egisto?... Nadie me hace dudar, mi duda es cosa mía... **(Se rebela.)** ¡No, no, no!... No hay

para mi padre nada más abominable que un hombre que duda, dudar es de cobardes, y yo soy el guerrero de mi padre... **(Entra en la zona de sombra. Su manto negro desdibuja su silueta, y apenas se le adivina.)** ¡Tú no eres yo, Egisto! No me harás vacilar. Es inútil que intentes levantarte en mi alma: cuanto tú representas, para mí ya es odioso, y tú, la suma y resumen de todo ello, más odioso todavía. Todo cuanto aborrezco y me da asco, cuanto desprecio y quiero exterminar, está reunido en ti. No pienses que vas a escapar. He de matarte aquí, ahora mismo.

(A partir de este instante, el actor que ha representado a EGISTO representará a ORESTES y asumirá el papel de EGISTO otro intérprete que se incorpora a la acción en la zona sombría del escenario, en la que hasta ahora no era visible. Vestido exactamente igual que el primer actor, su manto negro ha facilitado su escondite. Será como si el personaje único se hubiese duplicado. Las marcas negras del rostro, dispuestas de igual manera, simularán el parecido, sin necesidad de que ambos actores lo tengan realmente: basta con que tengan análoga estatura.)

EGISTO.- (Irónico.) ¿A mí vas a matarme? Será matarte tú.

ORESTES.- Será vivir yo. Yo viviré cuando tú mueras. No puedo vivir mientras tú vives.

EGISTO.- No compliques una cosa sencilla: somos un solo hombre, y si él muere, moriremos los dos.

ORESTES.- Anda, sal ahí, que te dé la luna. Quiero verte la cara.

EGISTO.- (Sale a la zona iluminada.) Ya ves: sólo tu propia imagen, que tu delirio ha puesto delante de ti como en el fondo de un espejo.

ORESTES.- (Saliendo a su vez.) Di más bien como en el fondo de un lodazal: da asco mirarte.

EGISTO.- Vivir no es muy limpio, pero es necesario. No te juzgues con demasiada severidad.

ORESTES.- (Despectivo.) ¡Hipócrita!... ¡con tu manto de luto!...

EGISTO.- Es el mismo que tú llevas.

ORESTES.- No es el mismo: el mío representa un dolor verdadero.

EGISTO.- ¿No dices que somos distintos?

ORESTES.- ¡Enteramente!

EGISTO.- Entonces, ¿qué sabes tú de mi propio dolor?

ORESTES.- Ese dolor es sólo mío. Tú eres mi parte criminal y mala que repudio y aparto para quedarme con lo bueno y lo justo que, a despecho tuvo, en mí quedaba.

EGISTO.- No es cierto. Yo soy tu pasado, con lo bueno y lo malo que en él pudiera haber. Tú has resuelto nacer ahora de nuevo, tener sólo futuro, y por eso me apartas de ti o crees apartarme. Inútil trabajo, que sólo en apariencia has realizado: crees tenerme delante, y estoy dentro de ti.

ORESTES.- Tú sí que te esfuerzas en vano, queriendo que yo dude. Porque sabes que así te salvarías, penetrando de nuevo en mi cabeza. Pero no te vale: tengo fe en las palabras de mi padre, y no vacilaré.

EGISTO.- Y con no vacilar, ¿qué adelantas? ¿Vas a resucitar a Agamenón por eso?

ORESTES.- Sí, le resucitaré. Mi padre vivirá en mí. Yo restauraré su reino, para que reine en él mientras yo viva.

EGISTO.- (Irónico.) ¡Oh, qué hábil proyecto! Para que reine un muerto, que vaga por el Hades sin sentir ni gozar ni saber de este mundo, vas a hacerte un esclavo.

ORESTES.- Esclavo tuyo he sido hasta ahora, sometido a tus inclinaciones malvadas, a tus pasiones, y a tus caprichos. Ahora seré libre.

EGISTO.- Serás esclavo de una voluntad que ya no existe, pero que te tiranizará aún más que si existiera, porque tú inventarás las decisiones que de ella emanarían, y te las dictarás a ti mismo como órdenes irresistibles, que acatarás por más que te desagraden. ¿A eso llamas tú ser libre?

ORESTES.- ¡Sí, eso es ser libre! No hay libertad sin sumisión a las leyes.

EGISTO.- Pero, ¿a qué ley es, pobre hombre? ¿Acaso te las darás tú mismo?

ORESTES.- Ciertamente, tú antes lo dijiste.

EGISTO.- Mentira. Te las dará una tumba. Una tumba a la que querrás desagraciar y complacer con el mayor servilismo.

ORESTES.- Me da igual. Al aceptar yo libremente la voluntad de mi padre, esa voluntad se hace la mía, y por tanto soy libre.

EGISTO.- ¿Sin examinar con independencia a la luz de tu propio criterio cada uno de sus mandatos?

ORESTES.- (**Impaciente.**) ¡Yo no quiero esa independencia! ¡Y en cuanto al propio criterio, tú eres su resultado! (**Con desprecio.**) ¡Un triste criminal moribundo!... No repetiré la experiencia.

EGISTO.- No creo ser tan despreciable. Soy la historia de tu libertad. Sólo que la libertad es un peso que hay que saber aguantar, y tú parece que encuentras más cómodo sacudírtelo de encima. Eres flojo de espaldas... ¿te acuerdas del escudo de Agamenón?

ORESTES.- Esa fue vergüenza tuya, no mía.

EGISTO.- Fue cosa de los dos... como todo.

ORESTES.- No... ni la petulancia ni la envidia estarán nunca en el patrimonio de mi alma. Se hallan entre los vicios que morirán contigo.

EGISTO.- (**Irónico.**) Ya... tú sólo tendrás virtudes y méritos.

ORESTES.- Puedes asegurarlo.

EGISTO.- Vas a hacer que me ría... ¿y aseguras que nuestra petulancia morirá conmigo?

ORESTES.- (**Ligeramente confuso.**) Nunca alardearé de valer más que mi padre, como tú hacías siempre.

EGISTO.- Pero alardearás de valer más que tu madre. Para el caso, es lo mismo.

ORESTES.- (**Escandalizado.**) ¿Que es lo mismo?... ¡Más que Clitemnestra vale cualquiera! ¡Un perro vale más que ella!

EGISTO.- ¿Lo ves? Siempre serás igual... Han cambiado de sitio tus afectos, pero tú no has cambiado... Sigues siendo yo...

ORESTES.- (Exasperado.) ¡Embustero! ¡Criminal!

(EGISTO retrocede, intimidado. ORESTES se domina. Se encoge de hombros, y adopta un tono irónico.)

¡Que sigo siendo tú! Eso es lo que quisieras, para seguir viviendo.

EGISTO.- Viviré en todo caso, eso no me preocupa.

ORESTES.- Pues estás muy engañado. Te lo puedo asegurar sin temor a equivocarme.

EGISTO.- (Irónico.) ¿Sin temor a equivocarte? Vuelves a ser petulante, y si ese vicio es sólo mío, soy yo quien ahora ha hablado por tu boca.

ORESTES.- No es petulancia el reírse de ti. Cualquiera que lo haga será justo, y hasta modesto.

EGISTO.- (Irónico, aún.) ¿Tan poca cosa has sido?

ORESTES.- (Despectivo.) ¡Pegado a las malolientes faldas de aquella puerca!... Dejándote empapar en sus maldades, acompañándola por los sombríos vericuetos de sus cobardes tramas, conspirando junto a ella por los rincones de la cocina, como un guerrero de vasijas y tinajas... escuchando como a un oráculo sus palabras repugnantes de hembra caliente y ociosa, cambiando con ella pestilentes caricias... Y por no renunciar a tan delicados placeres, mataste por la espalda a aquel a quien odiabas en secreto, como una serpiente oculta bajo una piedra... le odiabas por pura envidia...

EGISTO.- (Irónico.) Tenía que envidiarle... Aquellos placeres repugnantes eran suyos, y yo los usurpaba... Venía para recobrarlos y guardarlos para sí... A los dos nos gustaba lo mismo...

ORESTES.- ¡Calla, perro!... ¿Dominó a mi padre Clitemnestra? ¿Lo ató a los maderos de su cama? ¡No le pudo impedir que se cubriese de gloria!... ¡Y aún te atreves a compararte con él!...

EGISTO.- (Indiferente.) En realidad, no me interesan las comparaciones. El que se siente libre no necesita compararse con nadie.

ORESTES.- (Despectivo.) Pero, ¿es que has sido tú libre alguna vez?

EGISTO.- Intenté serlo, al menos. Ahora veo que fue trabajo perdido. ¿Cómo podía pensar que llegaríamos a esto?... **(Señala, despectivamente, a ORESTES.)**

ORESTES.- (Despectivo, a su vez.) No me sorprende que desprecies mi amor a la virtud. Tú no puedes entenderlo.

EGISTO.- Lo que desprecio es tu amor a las cadenas.

ORESTES.- No es para mí una cadena la voluntad de mi padre.

EGISTO.- Pues lo es, y bien pesada.

ORESTES.- ¡Más pesado es tu crimen!

EGISTO.- Tal vez, pero mi crimen no era una cadena, sino todo lo contrario.

ORESTES.- ¡Qué importa que no lo fuese, si pesaba más que ella! Y ese peso agobiador, además, te cubría de infamia: ya ves, qué dulce carga.

EGISTO.- Prefiero ser un criminal libre, que un esclavo inocente.

ORESTES.- (Despectivo.) No me extraña que digas eso: así suele hablar la ramera de tu madre.

EGISTO.- (Impaciente.) Déjala en paz, bastante la has insultado ya.

ORESTES.- (Con alegría.) ¡Ah, no te gusta...! Pues por más que la insulte, nunca diré todo lo que se merece esa perdida.

EGISTO.- (Irritado.) ¿Y yo qué? **(Señala la puerta de la tumba.)** ¿Crees que no puedo yo insultar a ese viejo déspota?

ORESTES.- (Agresivo.) ¡No, no puedes!... ¡Tú no puedes hacer nada! **(Le coge el cuello.)**

EGISTO.- (Procurando desasirse.) ¡Déjame!

ORESTES.- (Forcejeando.) No te dejo. Tu existencia ha terminado.

EGISTO.- (A punto de soltarse.) Pero, ¿tú te crees que es tan fácil acabar con tu historia?

ORESTES.- (Intentando hacerse con él.) Yo no tengo más historia que mi padre, malvado.

EGISTO.- (Defendiéndose.) Mentira. Tu historia es tu lucha contra él, y yo soy esa lucha.

ORESTES.- (Consigue atenazarle bien la garganta.) ¡Pues ahora es mi lucha contigo!

(En el forcejeo, ambos pasan a una zona sombría en la que apenas se les distingue confusamente. Se oyen sus jadeos, mezclados y entrecortados.)

EGISTO.- (Se oye su voz desfalleciente.) No creas que me has matado, no... No estaré ya en tu cabeza, pero seguiré viviendo en los secretos antros de tu alma, desde aquellas tinieblas gobernaré tu vida... y siempre que tu voluntad se afloje, yo me asomaré a las luminosas terrazas del pensamiento... Tus sueños ya no serán más los sueños de Orestes, sino los de Egisto...

ORESTES.- (Con voz irritada.) ¡Acaba, acaba! No quiero seguirte oyendo, muérete ya, y guarda silencio para siempre... **(Se le oye jadear con esfuerzo.)** ¡Así...!

(Jadea de nuevo. Silencio. Se entrevé incorporarse la silueta de ORESTES; a EGISTO no se le ve. ORESTES va saliendo lentamente a la zona iluminada.)

Ya está... Ya no existe Egisto, y a estoy libre de él... ¿Tengo más ligero ahora el corazón? Verdaderamente, no lo sé...

(Se ve de nuevo a ORESTES, pudiéndose apreciar que han desaparecido las marcas negras que tenía en el rostro.)

Quizá sí... Al fin, soy otro, ¡soy inocente...!

(Vacila. Entra sigilosamente, por la derecha, ELECTRA, enlutada. Cuida de cerciorarse de que nadie la sigue ni la ve. ORESTES la oye venir y se oculta en un rincón sombrío. ELECTRA se acerca, rápida, al pequeño altar que hay ante la puerta de la tumba, y echa al suelo las ofrendas colocadas sobre él. Las pisotea brevemente, y va a marcharse de nuevo, todo ello con apresuramiento. ORESTES la llama a sus espaldas, desde la sombra.)

¡Electra!

(ELECTRA se queda paralizada.)

Electra, ¿por qué has hecho eso?

ELECTRA.- (Sin volverse, alterada.) ¡No quiero que te aplaquen! **(Se vuelve hacia donde oyó la voz.)** ¿Quién hay ahí? **(Da un paso hacia la zona sombría, y se detiene.)** ¡Sal enseguida, quienquiera que seas! ¿Por qué te escondes?

ORESTES.- (Saliendo.) No me escondo.

ELECTRA.- (Con desprecio.) ¡Ah, eres tú!

ORESTES.- ¿Te he decepcionado? ¿Quién esperabas que fuese?

ELECTRA.- (Hostil.) Nadie.

ORESTES.- ¿Tal vez nuestro padre? ¿Creíste que era él quien te hablaba?

ELECTRA.- (De espaldas a él, sin mirarle.) Era mi padre, no el tuyo.

ORESTES.- (Dulce.) Creías que era él, y tuviste miedo.

ELECTRA.- (Como antes, despectiva.) Si los muertos salieran de sus tumbas, conozco a otros que tendrían más miedo que yo.

ORESTES.- (Entre cariñoso y severo.) No sabía que, de noche, vienes a escondidas a ofender al padre. **(Se acerca al pequeño altar y, agachado, busca y procura limpiar las ofrendas pisoteadas por ELECTRA.)** ¿Qué te había hecho él a ti?

ELECTRA.- (Increpa, colérica, a ORESTES.) ¡Deja eso ahí! ¡Mi padre no necesita ofrendas de sus asesinos!

ORESTES.- No importa de quién sean, si calman el dolor de su alma gimiente en el Infierno.

ELECTRA.- ¡Yo no quiero que se calme su dolor!

ORESTES.- ¡Electra! ¿Has perdido la razón?

ELECTRA.- ¡Quiero que brame, quiero que aülle! ¡Y que vosotros le oigáis!

ORESTES.- (Consternado.) ¡Electra, yo...!

ELECTRA.- (Amarga.) Con poner ahí unas tortas y derramar algo de vino queréis comprar la cólera de mi padre, y vivir tranquilos, sentados sobre vuestro crimen. **(Irritada.)** Yo no lo permitiré, y a lo sabes. Díselo a la que te ha encargado que hagas aquí de espía, díselo. Que me encierre, o mejor que me mate a mí también...

(Pausa. ORESTES oculta su rostro con las manos.)

Anda, ve a decírselo, ¿qué esperas?

ORESTES.- (Dolorido.) ¡Pobre hermana mía...!

ELECTRA.- ¡Yo no soy tu hermana!

ORESTES.- (Conmovido.) En este momento somos más hermanos que nunca...

ELECTRA.- Yo sólo soy hermana del que ha de venir para pediros cuentas... para esperarle vivo...

ORESTES.- (Se acerca a ella.) Tu espera ha terminado, Electra.

ELECTRA.- (Retirándose.) Mi espera terminará con su regreso, o con mi muerte.

ORESTES.- Te digo que ha regresado.

ELECTRA.- (**Repentinamente entusiasmada.**) ¡Oh!
(**Reaccionando.**) ¿Esperas que te crea?

ORESTES.- Yo soy Orestes.

ELECTRA.- (**Dolorida.**) No olvidaré esto. Un día vendrá de veras, y entonces seré yo quien se burle de ti. Te lo prometo.

ORESTES.- No me crees, yo en tu lugar tampoco lo creería. Y, sin embargo, es cierto. Egisto ya no existe, lo he inmolado aquí mismo. Lo he arrancado de mi alma, y lo he destruido. Ya no queda en mí nada que de él sea, y he nacido de nuevo, enteramente puro.

ELECTRA.- ¿Puro tú, que ayudaste a tu madre a cometer su crimen?

ORESTES.- Egisto lo hizo, no yo. Y Egisto ya está muerto. Lo he matado con este corazón.

ELECTRA.- (**Irónica.**) ¿Y por qué hiciste eso?

ORESTES.- Lo mandó nuestro padre. (**Vehemente, ante el gesto de incredulidad de ELECTRA.**) ¡Créeme, te digo la verdad!... Ha sido hace bien poco... (**Señala la puerta de la tumba.**) Salió de su sepulcro, andando lentamente... y me habló, me habló con gran dulzura durante cierto tiempo... no sé cuánto... Me dijo que matase a Egisto sin tardanza, y que pusiese orden en su casa... como él hubiese hecho si viviera...

(**ELECTRA le escucha, interesada.**)

Que una vez muerto Egisto, yo nacería de nuevo, llamándome ya Orestes...

ELECTRA.- (**Conmovida.**) ¿Pero, es cierto que viste a nuestro padre? ¿No me estás engañando, o fue un delirio tuyo?

ORESTES.- Le vi como te veo a ti ahora, y hablé con el igual...

(**ELECTRA se acerca a la puerta de la tumba, y se adhiere a ella, pasándole las manos.**)

Te digo la verdad...

(ELECTRA no le contesta.)

¿No me crees todavía?

ELECTRA.- (Acariciando la puerta.) ¿Por qué yo no te veo? ¿Por qué yo no?

ORESTES.- Me dijo que sería su hijo muy amado...

(ELECTRA deja de acariciar la puerta y, apoyada en ella, se medio vuelve, mirando a ORESTES.)

Que hablaría conmigo desde mi corazón...

ELECTRA.- (Se separa de la puerta, y avanza unos pasos, hablando a ORESTES con cierto resentimiento.) Eres muy afortunado... más que yo... (Se detiene, cabizbaja.)

ORESTES.- No es cierto... Tú, al fin, has encontrado a Orestes, como querías...

ELECTRA.- (Triste, se encoge de hombros.) Eso lo dices tú, no yo...

ORESTES.- (Se acerca a ella, despacio.) Sabes muy bien que es cierto... ¿Cómo reconocerías a Orestes, si le vieses? ¿Por su aspecto, por sus ropas? ¡Sólo por lo que hiciese! (**Situado detrás de ELECTRA, le coge dulcemente los hombros.**) No vienes tú aquí, de noche, por tirar las ofrendas, eso es sólo un pretexto... vienes buscando a un hombre que llora ante esa tumba, porque eso es lo que haría Orestes si viniese... solitario y furtivo, mientras todos duermen dulcemente tendidos en sus lechos y la luna recorre silenciosa su lóbrego camino, tu desdichado hermano vendría a este sepulcro a llorar por su padre... Y por eso tú vienes dispuesta a recibirle, y al fin le has encontrado...

ELECTRA.- (Enérgica y sombría.) Cuando mi Orestes venga, traerá menos lágrimas en los ojos y más cólera en el corazón.

ORESTES.- (La abraza tiernamente.) Tu Orestes es un huérfano miserable... lo mismo que tú, pobre hermana. Las lágrimas son nuestro patrimonio.

ELECTRA.- (Esforzándose por contener su emoción.) Yo no lloro. **(Enérgica.)** No quiero que mis lágrimas hagan reír a mis enemigos.

ORESTES.- Egisto ya está muerto. No pienses más en él.

ELECTRA.- ¿Le has matado aquí mismo, delante de la tumba?

ORESTES.- Sí, aquí ha sido. Lo arranqué de mi alma y, cuando lo tuve delante, le agarré por el cuello, cortándole el aliento. **(Señala la zona de sombra.)** Fue ahí, junto a ese muro.

(ELECTRA penetra en la sombra, buscando por el suelo.)

¿Qué buscas?

ELECTRA.- (Desde la sombra.) No veo su cadáver.

ORESTES.- Se esfumó como un espectro, después que estuvo muerto... ni los huesos quedaron.

ELECTRA.- (Siempre desde la sombra.) Orestes... ¿y ella?

ORESTES.- (Confuso.) ¿Qué?

ELECTRA.- (Sin salir a la luz.) Debes poner orden en la casa del padre... como si él aún viviese...

ORESTES.- Y lo haré, no lo dudes... **(Vacila.)** No dará esa malvada más órdenes en Micenas, ni seguirá ostentando su desvergüenza... en público.

ELECTRA.- Ella es la más culpable... fue quien sedujo a Egisto...

ORESTES.- (Intranquilo.) Es cierto, lo sé muy bien. Egisto no fue en sus manos más que un pobre instrumento, una herramienta vil... ella es la única autora, ella quien lo hizo todo...

ELECTRA.- (Desde la sombra.) ¿Y se va a quedar riendo?

ORESTES.- (Intranquilo.) No, no... Ya te lo he dicho...

ELECTRA.- Que pague su delito...

ORESTES.- (Desazonado.) ¡Ah, si no nos hubiese parido!...

ELECTRA.- ¿Y eso qué? ¿Acaso nosotros la escogimos por madre?

ORESTES.- (Aterrado.) ¡Oh, Electra...!

ELECTRA.- (Sale a la zona iluminada, andando despacio; no se dirige a ORESTES sino a la espada que EGISTO arrojó al suelo durante su diálogo con el espectro. Se inclina y la recoge.) ¿De quién es esta espada? **(Se vuelve hacia ORESTES.)** Es la tuya, ¿verdad?

ORESTES.- (Sin querer mirar la espada.) No, es la de Egisto.

ELECTRA.- (Abraza la espada, en posición vertical, sobre su pecho, con una especie de veneración.) ¡Es la tuya, la tuya!... ¡Ojalá yo fuese Orestes, y esta espada mi espada!

ORESTES.- (Suspira, y alarga una mano.) Te ruego que me la des.

ELECTRA.- (Sin dársela.) ¿Tú para qué la quieres? ¿Vas a hacer uso de ella?

ORESTES.- (Cierra los ojos.) No lo sé, todavía...

ELECTRA.- Si en verdad fueses Orestes... no dudarías tanto...

ORESTES.- Soy en verdad Orestes y, sin embargo, dudo...

ELECTRA.- El hermano que espero no conoce la duda... es todo de su padre...

ORESTES.- (Mira a ELECTRA con asombro. Alarga de nuevo la mano, y habla con tono resuelto.) Dame la espada, hermana. Voy a necesitarla.

ELECTRA.- (Coge con su mano la de ORESTES, y se acerca a él, colocando sobre sus hombros el brazo de su hermano.) Deja que yo misma la ponga en tu costado. (La introduce en la vaina que conserva colgada ORESTES.) Y que de aquí no salga hasta que mande a la esposa a reunirse con su esposo. Eso es poner orden en la casa.

ORESTES.- (Abrazando a ELECTRA.) Nos vamos a quedar más solos todavía...

ELECTRA.- (Abrazada a ORESTES.) Nos daremos recíproca compañía... A mí no me asusta la soledad, tengo costumbre de ella... Pero tú necesitas estar al lado de tu madre... eres un niño grande...

ORESTES.- (Apretando el abrazo.) ¡Ay, Electra! ¿Por qué me dices eso?

ELECTRA.- Soñarás a mi lado... Yo no seré exigente, ni celosa. Tú apoyarás tu cabeza en mi regazo, y yo acariciaré tus cabellos sin preguntarte en qué piensas si tú no me lo dices... También yo, con frecuencia, me voy en un ensueño a sitios muy hermosos...

ORESTES.- (Entusiasmado.) Viviremos en común y en común soñaremos... ¡Seremos muy felices...! (La abraza fuertemente.)

ELECTRA.- Tendrás en mí una madre más comprensiva y dulce...

ORESTES.- (Radiante.) Y más joven y bella.

ELECTRA.- (Cariñosa.) Sí, también eso. Una madre más digna de mi Orestes.

ORESTES.- La decrepita vieja pagará su delito, y tú ocuparás su puesto. Lo que hacemos es bueno.

ELECTRA.- (Coge a ORESTES de la mano.) Ven, tienes que darte prisa. La noche está avanzada, y esa malvada se encerrará muy pronto.

ORESTES.- No hay cuidado, se recoge lo más tarde posible porque teme dormirse. Ahora está en el megarón, con las muchachas.

ELECTRA.- Lo sé, pero es más tarde de lo que piensas. Ahora que está resuelto, hagámoslo cuanto antes, no esperemos a mañana. Puede enfriarse tu decisión, si dejamos pasar tiempo.

ORESTES.- ¿Enfriarme yo? Tú a mí no me conoces. **(Se deja llevar.)**

ELECTRA.- **(Llevándole de la mano hacia la salida de la derecha.)** Te conozco mejor que tú mismo. Vamos, no hagamos esperar a la caza.

(Se detienen un momento junto a la salida.)

Yo aguardaré en el patio, mientras tú en el megarón haces tu parte.

ORESTES.- Será cosa muy breve.

(Salen.)

Segundo cuadro

El megarón o salón del trono del palacio de Micenas. La única puerta, que comunicaría con el vestíbulo del segundo cuadro del acto primero, se halla en la pared lateral de la izquierda. En medio, el poyo circular de piedra, para el brasero, tiene aproximadamente un metro a alto. Se halla rodeado por cuatro columnas rojizas, redondas, más anchas por arriba que por abajo. En medio de la pared del fondo se halla el trono, que es un gran asiento con brazos y respaldo muy grande; a sus lados, la pared se halla decorada con grandes pinturas al fresco en estilo minoico, y las habituales cenefas, parecidas a las de los interiores del primer acto. CLITEMNESTRA se halla sentada en el trono, haciendo una labor cualquiera; no lleva luto. A un nivel algo inferior, hacen también labor varias esclavas. Todas trabajan en silencio.

CLITEMNESTRA.- (Sin dirigirse a ninguna en particular.) ¿No tenéis sueño todavía?

ESCLAVA 1.^a- No, yo no.

LAS DEMÁS.- (Superponiendo sus voces.)

Ni yo tampoco.

No, yo nada.

Aún es temprano.

ESCLAVA 1.^a- Todavía no es tarde.

CLITEMNESTRA.- La que tenga sueño que se vaya a la cama. Por mí, basta con una que se quede a hacerme compañía, ya lo sabéis.

ESCLAVA 1.^a- Me quedaré yo, mis noches son muy largas.

ESCLAVA 2.^a- (Riendo.) ¡Ojalá yo pudiera decir eso!

ESCLAVA 1.^a- (A la ESCLAVA 2.^a.) Cuando tengas mi edad, ya sufrirás el retraso de la aurora.

CLITEMNESTRA.- Yo no la tengo, pero sufro ese retraso más que tú.

(Sin contestar, todas se aplican a su labor.
CLITEMNESTRA las mira, y desatiende la suya.)

Esta noche no está un hijo con nosotras.

ESCLAVA 3.^a- (Ingenuamente, tras mirar alrededor.) Es verdad que no ha venido.

CLITEMNESTRA.- (Asombrada.) ¿Vais a decirme que no lo habíais notado?

ESCLAVA 2.^a- Cuando está aquí, no se le oye mucho más que esta noche. (Ríe.)

CLITEMNESTRA.- Pero, al menos, se le ve.

ESCLAVA 2.^a- (Divertida.) Sí, se le ve bostezar, tendido junto a su columna.

ESCLAVA 1.^a.- Muchacha, tú confundes la alegría con el descaro.

CLITEMNESTRA.- (A la ESCLAVA 1.^a.) Déjala, tiene razón. Se cansa mi hijo de estar junto a mí, no disimula el tedio. ¿Crees que yo no lo veo?

ESCLAVA 1.^a.- Los mozos, ya se sabe...

CLITEMNESTRA.- No era así antes Egisto... Antes me quería, no vivía si no estaba a mi lado...

ESCLAVA 1.^a.- Los mancebos crecidos se vuelven muy ariscos... la casa se les hace chica...

CLITEMNESTRA.- La casa, pero no la madre...

ESCLAVA 1.^a.- Es lo mismo... la madre también...

CLITEMNESTRA.- Pero, ¿por qué? Yo no he cambiado, ¿por qué ha de cambiar él? ¿Qué le falta a mi lado? ¿No soy la misma que era?

ESCLAVA 1.^a.- (Con tono de resignación.) Pero pasa el tiempo, y...

(Se interrumpe, azorada; la ESCLAVA 2.^a ríe.)

CLITEMNESTRA.- (A la ESCLAVA 1.^a, dolida.) Y me vuelvo más vieja, ¿no es verdad?

ESCLAVA 1.^a.- (Confusa.) No, eso no.

CLITEMNESTRA.- (Taciturna.) Casi repentinamente, se ha vuelto un extraño... Ahora, al dejar nuestras ofrendas en la tumba de su padre, me he enfadado con él por las cosas que ha dicho... he sido imprudente... Yo tengo la culpa de que esta noche no venga...

(Pausa.)

ESCLAVA 2.^a.- (Con tono ligero.) Mañana estará como un corderito.

CLITEMNESTRA.- Mañana... Pero, hasta que llegue mañana, hay por medio una inmensa noche...

ESCLAVA 2.^a.- Las noches son cortas si no se piensa en cosas tristes.

CLITEMNESTRA.- **(Abstraída.)** Él duerme por las noches...

ESCLAVA 1.^a.- Porque es un mozo...

ESCLAVA 3.^a.- **(Ingenua.)** También yo duermo por las noches.

ESCLAVA 2.^a.- **(A la ESCLAVA 3.^a, burlona.)** Porque eres una moza.

(Repentinamente, CLITEMNESTRA se medio incorpora, mirando a la puerta. Las ESCLAVAS miran a su vez, y se hace el silencio. Entra despacio el enlutado ORESTES, y se detiene, contemplando sombrío a las mujeres. Corta pausa, que rompe CLITEMNESTRA.)

CLITEMNESTRA.- **(Sin sentarse, a ORESTES, con evidente timidez.)** Hijo, cuánto has tardado. ¿No pasas?

(Silencio. ORESTES la mira sin moverse.)

Haznos un rato compañía. **(Señala una silla vacía, junto a una de las cuatro columnas de cerca del brasero.)** Siéntate donde acostumbras, o allí donde prefieras... ¿Por qué te quedas ahí parado? **(Mira a ORESTES. Con angustia.)** ¿Por qué me miras así?

ORESTES.- **(Habla, sin moverse.)** Veo que ya no llevas el luto por mi padre.

CLITEMNESTRA.- **(Tranquilizada.)** ¡Ah!... **(Rápida.)** Me lo pondré de nuevo.

ORESTES.- Ya no te va a hacer falta.

(CLITEMNESTRA y las ESCLAVAS se miran entre sí, intranquilas.)

Has convertido el megarón de mi padre en un cuarto de costura... **(Violento.)** ¡Fuera de aquí todas esas mujeres!

(Todas se levantan asustadas, disponiéndose a salir.)

CLITEMNESTRA.- (También asustada, procediendo como las demás.) Vámonos.

ORESTES.- (Sujetándola.) ¡Tú, quieta!... Tú te quedas aquí... **(A las otras, que se han detenido, indecisas.)** ¡Fuera, he dicho!

(Las ESCLAVAS salen atropelladamente.)

¡Largo!...

CLITEMNESTRA.- (Cuando se quedan solos, se dirige a ORESTES, erguida y digna.) ¿Es este el trato que se le da a una madre?

ORESTES.- Todavía no he empezado.

CLITEMNESTRA.- (Dirigiéndose despacio hacia el trono.) Pues empieza ya y termina pronto.

ORESTES.- (Cuando CLITEMNESTRA está a punto de sentarse.) ¡Quita de ahí!

(CLITEMNESTRA se incorpora instantáneamente.)

¡No vuelvas a sentarte en ese sitio!

CLITEMNESTRA.- (Apartándose, y señalando al asiento con la mano abierta.) Lo quieres para ti, ¿verdad? Pues ahí lo tienes, disfrútalo.

(ORESTES vacila.)

Vamos, siéntate en él. ¿Qué esperas?

ORESTES.- (Se sienta, decidido, en el trono.) Sí. Me siento. Es mío, y me siento.

CLITEMNES TRA.- (Dolida.) Ya lo era, sin necesidad de que hicieras lo que has hecho.

ORESTES.- (La mira de través.) Este trono no será verdaderamente mío en tanto que tú vivas.

CLITEMNES TRA.- (Alarmada.) ¿Por qué? ¿Por qué dices eso? ¡Yo no lo quiero! No necesito ese trono, es a ti a quien necesito.

ORESTES.- ¡Calla, calla!... No empieces de nuevo...

CLITEMNES TRA.- ¡No quiero callarme! ¿Por qué me tengo que callar? ¿Por qué te irritas cuando te digo que te quiero?

ORESTES.- (Iracundo.) ¿Es que no sabes decir otra cosa? ¿Siempre has de estar haciendo ostentación de tus sucios sentimientos?

CLITEMNES TRA.- (Asustada.) Pero, ¿qué te pasa? Nunca me has hablado así... Ya no me quieres como antes, pero nunca me has hablado así...

ORESTES.- ¡Calla!

CLITEMNES TRA.- (Irguiéndose, irritada.) ¡No quiero callar! ¿Con quién crees que hablas?

ORESTES.- (Incorporándose.) ¡Sé muy bien con quien hablo!... Lo sé muy bien, ¿crees que lo he olvidado?

CLITEMNES TRA.- (Afligida y suplicante.) Egisto, hijo, ¿por qué has cambiado tanto?

ORESTES.- (Concentrado y enérgico.) Yo no soy Egisto. No vuelvas a llamarme así.

CLITEMNES TRA.- (Como antes.) ¿Que no eres Egisto, desdichado? Pues, ¿quién eres entonces?

ORESTES.- (Con energía creciente.) ¿Que quién soy? ¡Yo soy quien ha venido a hacer justicia! ¡A limpiar esta casa!

CLITEMNESTRA.- (Alti va.) ¿A limpiar? ¿Y qué hay en esta casa que debe ser limpiado? ¿Los crímenes de los Pelópidas y Atridas?

ORESTES.- ¡Los crímenes de Clitemnestra!

CLITEMNESTRA.- ¿Los míos? ¿Y los vas a limpiar tú?

ORESTES.- Sí, yo. ¡Yo, en el nombre de mi padre!

CLITEMNESTRA.- (Agresiva.) ¡Aquello que yo hice no lo hice yo sola! ¡Lo hicimos los dos juntos!

ORESTES.- ¿Crees que acusándome a mí te vas a salvar tú?

CLITEMNESTRA.- (Casi sonriendo.) Ya veo que eres tú quien eso hace. Ya no aguantas el peso de tu culpa, y te la quitas de encima, echándola toda sobre mí. No es en ti nuevo, acusarme de aquello que tú haces. Es tu mejor defensa.

ORESTES.- Mi defensa es la justicia, y la voy a hacer ahora.

CLITEMNESTRA.- (Irónica.) ¡La Justicia! ¿Qué justicia?

ORESTES.- Es justo que quien hizo el crimen, lo pague.

CLITEMNESTRA.- Y el crimen lo hice yo, ¿no es verdad?

ORESTES.- ¡Sí, tú! ¡Tú sola!

CLITEMNESTRA.- (Despectiva.) Yo sola lo hice, y yo sola lo pago. Así, tú te redimes, hipócrita.

ORESTES.- (Despectivo, a su vez.) Insúltame si quieres, si eso te consuela.

CLITEMNESTRA.- (Reaccionando con ternura.) No, no te insultaré, hijo. Vuelve en ti. (Le abraza.)

ORESTES.- (Rechazándola, furioso.) ¡Ah, no! ¡Otra vez, no!... Guárdate tus caricias, porque yo no las quiero: a mí me dan asco, ¡asco!

CLITEMNESTRA.- Te doy asco porque antes me quisiste, ingrato.

ORESTES.- ¡Mentira, prostituta! ¡Eso es mentira, y tú lo sabes! ¡Vieja impúdica!

CLITEMNESTRA.- No era tan vieja cuando mataste a Agamenón por quedarte conmigo.

ORESTES.- (Furioso.) ¡Tú, tú le mataste, por quedarte conmigo!

CLITEMNESTRA.- Los dos lo hicimos por ser libres y tener lo que queríamos.

ORESTES.- Tú lo hiciste por eso. Pero no es ser libre matar para obtener lo que se quiere.

CLITEMNESTRA.- Ni renunciar, porque lo mande la voluntad de un amo.

ORESTES.- Pues mira dónde te ha llevado tu demasiado amor a la libertad.

CLITEMNESTRA.- Veo dónde me ha llevado tu demasiado amor a la esclavitud.

ORESTES.- No me mezcles a mí en esto. Quien ahora te inmola no soy yo, es la justicia. **(Saca la espada.)**

CLITEMNESTRA.- (Retrocediendo, alarmada.) A Agamenón lo maté yo, y a mí me mata la justicia: tú no haces nada, aunque siempre eres tú quien golpea.

ORESTES.- (Avanza, despacio. Con tono contenido.) Yo a mi padre no lo toqué, ¡no lo toqué! ¡Fuiste tú!

CLITEMNESTRA.- (Retrocede despacio, para guardar la distancia. Implorante.) ¡Egisto, no hagas eso!

ORESTES.- (Como antes, conteniendo la cólera.) ¡No me llames Egisto!

CLITEMNESTRA.- (Sin dejar de retroceder, desesperada.) Pues, ¿cómo he de llamarte?

ORESTES.- ¡De ninguna manera!

(Tras un momento de estupor, CLITEMNESTRA reacciona e intenta correr hacia la única puerta. ORESTES la ataja, y CLITEMNESTRA retrocede a las columnas del centro, donde ORESTES la persigue. CLITEMNESTRA procura aprovechar las columnas y el brasero para burlar la persecución, que ahora tiene un ritmo rápido.)

¡No me llames de ninguna manera!... ¡Yo para ti no tengo nombre!...

CLITEMNESTRA.- (Que está aterrada.) ¡Acuérdate del vientre en que viviste!

ORESTES.- ¡Maldito sea!

CLITEMNESTRA.- (Descuida un momento su huida.) ¡Desgraciado, sólo yo te he querido!

ORESTES.- (La alcanza con la espada.) ¡Calla, ramera!

(Al ser herida, CLITEMNESTRA da un traspiés y se abraza a una de las columnas, por la parte interior, de modo que la columna casi la oculta, pero se ven bien sus brazos alrededor del fuste. ORESTES se sitúa detrás de ella. CLITEMNESTRA emite un débil gemido.)

No te quejes, sólo tienes tu merecido...

CLITEMNESTRA.- (Con voz desfallecida.) No, no. No sufro mi merecido, sino el tuyo... Te has castigado a ti mismo sobre mí, y redimes tu culpa ante tu padre a costa mía... porque ya no me necesitas...

(ORESTES la hiere, de nuevo, en la espalda. Los brazos de CLITEMNESTRA oprimen fuertemente la columna. Después, van resbalando a lo largo del fuste, a medida que ella va cayendo. Queda medio en cuclillas, sostenida por la columna. ORESTES, inmóvil, la mira. En la puerta aparece ELECTRA, impaciente.)

ELECTRA.- (Apenas entrada, antes de reaccionar.) ¿Ha terminado? (Se queda paralizada.)

ORESTES.- (Reaccionando al oírla, y golpeando una vez más a CLITEMNESTRA al tiempo que contesta.) ¡Sí!

(ELECTRA se medio vuelve instintivamente, tapando su rostro con las manos. CLITEMNESTRA cae del todo y rueda en el suelo. Al quedar inmóvil, se ve que ha desaparecido la marca negra que tenía en la frente durante el segundo acto.)

ELECTRA.- (Tras una pausa, sin volverse todavía hacia ORESTES, y apenas descubriéndose la cara.) ¿Está y a muerta?

ORESTES.- (Inclinado sobre CLITEMNESTRA.) Ya tiene lo suyo.

(ELECTRA se vuelve, despacio, y mira desde lejos el cadáver.)

ELECTRA.- Era preciso hacerlo, aunque no nos gustase.

ORESTES.- La justicia hay que hacerla, aunque sea duro.

ELECTRA.- (Acercándose despacio, sin dejar de mirar a CLITEMNESTRA. Insegura.) Era preciso, ¿verdad? (Se detiene.) ¡Qué fijos tiene los ojos!...

(ORESTES mira a CLITEMNESTRA, sin contestar.
Pausa.)

Parece que mira sin pestañear... (Apoya una mano en el hombro de ORESTES. Con voz temblorosa.) Orestes, tengo miedo...

ORESTES.- (Haciendo ostentación de serenidad.) ¿Miedo, de qué? ¿De esa carroña?

ELECTRA.- (Indignada.) ¡No es ninguna carroña! ¡Es mi madre!

ORESTES.- ¡Tu madre! ¡También lo era mía!

ELECTRA.- (Con rencor.) ¡Pero tú la has matado!

ORESTES.- ¿Yo? ¿Y tú, qué? ¿Crees que eres inocente?

ELECTRA.- (Como antes.) ¡La has matado con tus manos!

ORESTES.- (Se aparta del cadáver retrocediendo. Con voz algo trémula.) Lo hemos hecho los dos.

ELECTRA.- (Con el mismo tono de rencor obstinado, mirando a CLITEMNESTRA.) ¡La has destrozado!

(ORESTES no contesta. ELECTRA mira, desde cerca, el cadáver.)

Se está poniendo muy blanca... (Con voz alterada y tono suplicante, sin apartar la mirada.) Orestes, tápale la cara con algo...

ORESTES.- (Apartado a un extremo, con tono hostil.) ¡Tápasela tú!

ELECTRA.- (Retrocediendo dos pasos.) Yo no me atrevo...

ORESTES.- (Reaccionando.) Pero, ¿es que vamos a llorarla ahora? ¡Era nuestra enemiga, y tuya más que mía! (Irónico.) La vieja madre mandona...

ELECTRA.- (Irritada.) ¡La vieja madre, como tú dices...! (Se aplaca, y se sienta en el suelo tristemente, medio arrodillada.) Yo no tenía nada contra ella... ¡Yo odiaba a la otra!... A la Clitemnestra joven y hermosa... ¡Esa sí, que muriese...! Pero no esta pobre...

ORESTES.- (Nostálgico.) La Clitemnestra joven y hermosa...

ELECTRA.- (Mirándole.) ¿Qué te pasa, a aquella no la hubieses matado, ¿verdad?

ORESTES.- (Reaccionando.) ¿Por qué dices eso?

ELECTRA.- (Con tono de reproche.) Sabes tú muy bien por qué lo digo.

ORESTES.- (Severo.) Más vale que te calles.

ELECTRA.- (Triste y desabrida.) Sí, mejor es callar.

ORESTES.- (Abatido, hace un gesto de impotencia. Luego mira a ELECTRA, con despectivo reproche.) ¡Y tú ibas a ser mi nueva madre, más dulce y cariñosa!

ELECTRA.- (Asombrada.) ¿Yo?

ORESTES.- Sí, tú. Me lo decías hace bien poco.

ELECTRA.- (Señalando a CLITEMNESTRA.) ¿Quieres otra madre para hacerle lo mismo?

ORESTES.- (Suplicante.) ¡Pero no es igual! Tú eres inocente, estás limpia de crímenes...

ELECTRA.- (Indiferente.) Ya, no. Ya soy como ella. Peor aún.

ORESTES.- (Como antes.) Y eres joven, y bella...

ELECTRA.- (Indicando con un gesto a CLITEMNESTRA.) También ella lo fue.

ORESTES.- ¡Ella, ella!... (Abatido, dirigiéndose al trono con gesto cansado.) ¡Siempre ella!... (Se sienta en el trono pesadamente.) La tendré siempre delante, lo sé.

ELECTRA.- (Triste.) Yo también.

ORESTES.- Ya no sé con qué objeto he hecho esto... no lo recuerdo... mi padre... mi madre...

ELECTRA.- ¡Cómo nos quería!... A ti más que a mí, pero tú la has matado...

ORESTES.- (Sombrío.) Y tú también.

ELECTRA.- ¿Te acuerdas cuando jugaba con nosotros? ¿Has sido alguna vez tan feliz como entonces? No, ¿verdad? ¡Ni lo serás ya nunca!... Ella nos ha dado toda la felicidad que hemos tenido, y mira cómo le hemos pagado...

ORESTES.- ¿Por qué no cierras la boca?

ELECTRA.- ¿Es que si la cierro va a ser distinto?

ORESTES.- No lo sé, pero puedes probar.

ELECTRA.- ¿Por qué no pruebas tú a pensar en ella? Dime, ¿tú la querías?

ORESTES.- (Molesto.) Claro está que sí...

ELECTRA.- Pero no como ella a ti... ¿Mereciste alguna vez todo el amor que ella te tuvo?

ORESTES.- (Concentrándose.) No sé... quizá no... (Mira al vacío, y se abstrae, con el ceño fruncido.)

ELECTRA.- ¿Crees que hay sobre la tierra un solo hijo que merezca a su madre?

(ORESTES, abstraído, no contesta. Pausa. Desde detrás del respaldo del trono salen lentamente dos brazos de mujer, que se cierran sobre el pecho de ORESTES. Recuerdan vagamente los brazos de CLITEMNESTRA alrededor de la columna. ORESTES queda paralizado. Casi enseguida, otros dos brazos repiten la operación, sujetando los brazos de ORESTES con una larga caricia, y un tercer par se desliza asimismo, al nivel de la cintura. Las seis manos se desplazan acariciando pegajosamente a ORESTES, mezclándose entre sí. A distintas alturas, alrededor del trono, asoman las cabezas de las tres mujeres, que pronto se dejan ver enteramente, siempre solícitas alrededor del hombre. Las tres son jóvenes y hermosas, con largas y abundantes cabelleras ensortijadas. Visten amplísimas y flotantes túnicas negras que les dejan desnudos los brazos. Son las tres Erinnias: ALECTO, que impulsará a ORESTES a la huida sin pausa; TISÍFONE, que por el contrario le atraerá al lugar y la contemplación del crimen; y MEGERA, que le incitará al suicidio. ELECTRA mira con cierta alarma la extraña conducta de su hermano, que a su vez mira alternativamente a las tres sonrientes Erinnias, con una mueca de horror.)

ORESTES.- (A las Erinnias.) ¿Quiénes sois vosotras?

ALECTO.- (De pie, acariciándole con dulzura.) ¿No sabes quiénes somos?

TISÍFONE.- (Inclinada sobre él, acariciándole también.) Somos tres hermanas...

(Mientras habla TISÍFONE, ALECTO adhiere a la frente de ORESTES una especie de marca negra.)

MEGERA.- (Tiene rostro de niña. Arrodillada en el suelo, abraza las piernas de ORESTES.) Pobre Orestes, y a nadie te quiere y te has quedado muy solo... por eso hemos venido...

(TISÍFONE, entre tanto, adhiere una marca negra en una mejilla de ORESTES.)

ALECTO.- (Hablando junto al oído de ORESTES, mientras MEGERA le marca la mejilla opuesta.) Cuéntanos lo que has hecho, nosotras te consolaremos.

(En el curso del diálogo, la cara de ORESTES queda como estuvo la de EGISTO.)

ORESTES.- (Levantándose con un esfuerzo.) ¡Idos! ¡Dejadme!

ELECTRA.- (Sin acercarse a él, asustada.) Orestes, ¿qué te pasa? ¿Con quién hablas?

(Las Erinnias siguen acariciando a ORESTES, adheridas a él, y siempre le hablan con tono persuasivo y dulce, desde muy cerca. ALECTO y TISÍFONE tienen tendencia a estar a su altura, a uno y otro lado, mientras MEGERA suele arrodillársele delante, trabándole las piernas con su abrazo.)

ALECTO.- Lo que pides no es razonable, amigo mío... No te podemos dejar.

TISÍFONE.- Aunque quisiéramos, no podríamos...

MEGERA.- (Sonriéndole desde abajo, mimosa.) Y además no queremos, esa es la verdad...

ORESTES.- (A ELECTRA, como pidiendo socorro.)
¡Electra!... Electra, dime, ¿tú no las ves?

ELECTRA.- (Impresionada.) ¿A quién?

ORESTES.- (Se desentiende de ELECTRA.) No, no las ves... ¡Ay, qué he hecho yo!... ¡qué va a ser de mí ahora!...

TISÍFONE.- (Le pasa un brazo sobre los hombros.) Pero, ¿de qué te quejas, si nada te hemos hecho?

ORESTES.- ¡Pero sé muy bien lo que me vais a hacer!

ALECTO.- (Insinuante.) ¿Luego ya nos conoces, no es cierto?

ORESTES.- (Mirándolas entre despavorido y suplicante.)
Sois las innumerables hijas de la Noche, ellas sois.

ALECTO.- (Como antes.) ¡Oh, tú ya puedes nombrarnos!...

MEGERA.- (Desde abajo.) No cambiaré tu situación por eso...

ORESTES.- (Tembloroso, a ALECTO que ha concentrado sus caricias en el rostro.) ¿Tú eres Megera?

ELECTRA.- (Para sí misma.) ¡Están aquí!... **(Se oprime la boca con los puños cerrados.)**

ALECTO.- (Sonriendo.) No, yo soy Alecto.

MEGERA.- (Abrazada a sus piernas, con tono y sonrisa muy dulces.) Megera soy yo.

ORESTES.- (La mira, asombrado.) ¿Tú? ¿Tú eres quien hizo bramar a latigazos a las mujeres de Nisa?

MEGERA.- Yo no golpeo, yo acaricio. ¿Ves?

(Se levanta, y acaricia largamente el rostro de ORESTES, que se estremece, transido de miedo.)

¿Qué dices ahora?

ORESTES.- (Temblando.) ¡Qué manos más frías tienes!

(MEGERA ríe sin ruido.)

ELECTRA.- (Como sonámbula, a ORESTES.) ¿Quién?
¿Nuestra madre?

TISÍFONE.- Sí, nuestra hermanita es muy fría.

ALECTO.- ¿No has oído a tu hermana? Te ha preguntado si tu madre tiene frías las manos...

TISÍFONE.- Compruébalo y contéstale...

ORESTES.- ¡No!

MEGERA.- (Suasoria.) Pero si no te va a hacer nada...

ALECTO.- (Dulce.) Te quiere demasiado, para vengarse de ti...

ORESTES.- (Intenta sacudírselas y apartarlas, pero ellas, con gran facilidad, le agarran los brazos sin desasirse de él, de modo que cuanto más se las sacude, más adheridas las tiene.) ¡Dejadme, dejadme!

ELECTRA.- (No se sabe si compadecida de ORESTES o de sí misma.) ¡Ay, Orestes, Orestes, qué hemos hecho!

ORESTES.- (Renuncia a arrancarlas de sí. Señala a ELECTRA.) Ella es tan culpable como yo, pero a ella la dejáis tranquila. Ni siquiera os ve.

ELECTRA.- (Abstraída.) ¡Ay, madre!

TISÍFONE.- (Abrazándole.) Tú no sabes si ella nos ve o no.

ALECTO.- (Tomándole la cabeza.) No nos ves junto a ella, pero tampoco ella nos ve a tu lado...

TISÍFONE.- Podemos estar con muchos a la vez...

ORESTES.- No, no es cierto... sólo me torturáis a mí...

MEGERA.- (**Cariñosa.**) Pero, ¿qué importa eso?

ORESTES.- ¡A Egisto tampoco le acosasteis así!

ALECTO.- Y si tú eres Orestes, ¿cómo puedes saber lo que ocurría en el alma de Egisto?

ORESTES.- ¡Oh, lo sé muy bien, sí lo sé!

TISÍFONE.- Lo sabes porque eres el mismo Egisto.

ORESTES.- ¡No, no!

ALECTO.- Todo el amor que Egisto recibió de su madre lo recibiste tú, ¿no es cierto?

TISÍFONE.- Porque sois el mismo...

ORESTES.- ¡Os digo que no!

MEGERA.- Pero nosotras sabemos que sí...

ALECTO.- ¡Oh, Egisto...! Decías que la querías tanto, y mira lo que le has hecho...

ELECTRA.- (**Que sigue sentada sobre sus talones, como sonámbula.**) Orestes, tú solo la has matado. Yo no he sido, has sido tú...

(**ORESTES no la oye, pendiente de las Erinnias.**)

TISÍFONE.- Tu madre hubiera dado sin vacilar su vida por ahorrarte un contratiempo...

ORESTES.- ¡Ella no quería a mi padre!...

ALECTO.- Porque te quería a ti.

TISÍFONE.- No esperes ya encontrar quien te quiera como ella.

ALECTO.- Ni la mitad, ni la centésima parte...

ORESTES.- Pues me pasaré sin ese amor lo que me quede de vida.

TISÍFONE.- (Pegajosa.) Nosotras te amaremos en su lugar.

ORESTES.- Prefiero estar solo.

MEGERA.- No está en nuestras manos complacerte...

ALECTO.- (Insinuante.) ¿Por qué te quedas aquí, junto al cadáver de tu madre? Mientras lo estés mirando, nos verás a nosotras. Quizá yéndote lejos...

(ORESTES la escucha con atención.)

TISÍFONE.- (Dulce.) No la escuches, sólo conseguirás vagar sin reposo, con tu crimen agarrado con sus uñas a tu espalda ensangrentada... Quédate aquí, y haz frente a lo que has hecho...

MEGERA.- (Prometedora.) No te dejes embaucar, amigo mío... Ni huyendo ni pensando te librarás de nada... sólo se descansa durmiendo para siempre...

(Ninguna de las Erinnias se molesta en absoluto porque su hermana desaconseja lo que ella ha aconsejado. Las tres sonríen siempre.)

Créeme, conmigo tendrás la paz que tuviste en el vientre de tu madre...

ORESTES.- (Reaccionando apenas contra el hechizo de MEGERA.) ¡No, no!...

ELECTRA.- (Encerrada en sí misma, con tono de lamento.) ¡Madre, madre!... ¿Por qué nos has dejado?

ALECTO.- Si tu madre te ha dejado, déjala tú a ella... Vete de aquí, busca la vida nueva que te espera en otro sitio...

(ORESTES la escucha, seducido.)

TISÍFONE- No te ha dejado ella, la has matado tú... Quédate donde se quedan sus recuerdos, sólo en ellos podrías encontrar perdón...

ORESTES- (Captado por TISÍFONE.) ¡El perdón de mi madre...!

MEGERA- Su perdón te espera en las tinieblas sin fondo... allí donde está ella...

ALECTO- (Envolvente.) No seas loco, puedes empezar de nuevo: el perdón es el olvido... vete de aquí y olvida...

TISÍFONE- No la creas, las soluciones cobardes no son las mejores: el perdón es la reconciliación... llórala en el lugar en que la inmolaste, y en tu corazón brotará la paz como una flor nueva...

MEGERA- El perdón es la justicia... haz contigo lo mismo que has hecho por ella...

ORESTES- (Agitado, recorre la escena a zancadas, llevando siempre a las Erinnias adheridas, envueltos los cuatro en la nube negra de las túnicas de las diosas.) ¿Por qué me decís cosas tan dispares? ¿Por qué me llenáis de confusión? Decid las tres lo mismo, y yo lo haré, no importa lo que sea...

ELECTRA- (Sentada en el suelo, salmodiando.) Madre mía, qué hemos hecho contigo, madre mía...

ALECTO- (Con tono de urgencia.) Sé práctico: ¡huye!

TISÍFONE- (Lo mismo.) Sé hombre: ¡quédate!

MEGERA- (Igual.) Sé honrado: ¡paga!

ORESTES- (A ritmo más rápido, casi corriendo. En los giros, las Erinnias, abrazadas a su cuello, levantan los pies del suelo, como si volasen con sus negros velos flotantes.) ¡Que hable una tan sólo, os lo ruego! ¡No os pido más que eso!...

ALECTO- ¡La paz está en el olvido!

TISÍFONE- ¡La paz está en el recuerdo!

MEGERA- ¡La paz está en la muerte!

ELECTRA.- (Totalmente desconectada del resto de la acción, que se hace trepidante, repite con monotonía, a media voz, su plañido monocorde.) ¡Ay, madre!, ¡ay, madre mía!, ¡madre mía, madre mía!

ORESTES.- (Corriendo, desesperado, con las Erinnias agarradas.) ¡Yo quiero obedeceros!, ¡quiero obedeceros! Pero ¿a quién?, ¿a quién?

LAS TRES.- (Simultáneamente.) ¡A mí! ¡A mí! ¡A mí! ¡A mí!

ORESTES.- (Deteniéndose. A las Erinnias, como pidiendo su aquiescencia.) Me quedaré junto a mi hermana...

ELECTRA.- (Saliendo de su letargo. En su frente hay una mancha negra, como la que tuvo CLITEMNESTRA.) ¡No!

ALECTO.- (Severa.) ¡Huye, necio!...

ORESTES.- (Como antes.) Sí, me iré lejos...

TISÍFONE.- (Severa.) ¿A dónde, desdichado?

ORESTES.- (Tras corta pausa. MEGERA le acaricia el rostro. Gimiendo.) ¡Ah! ¡Me colgaré de un árbol!

ALECTO.- (Absorbente.) ¡No lo hagas, será peor!

TISÍFONE.- (Lo mismo.) ¡Somos en el Infierno las eternas compañeras del suicida!

MEGERA.- (Absorbente, también.) ¡No lo creas! ¡Hazlo, hazlo!

ORESTES.- (Reanudando su carrera como antes, con ellas colgadas.) ¡Ay, por qué habré nacido!

ALECTO.- Eso no importa: ¡vete!, ¡nace de nuevo!

TISÍFONE.- ¡Quédate con ella! ¡Ahora es más madre que nunca!

MEGERA.- ¡Vente conmigo! ¡Tu madre soy yo!

ORESTES.- (Desesperado, gira sobre sí mismo. Ellas, abrazadas a su cuello y con los pies en el aire en posición horizontal, flotan a su alrededor como una nube de enormes pájaros negros.) ¡Malditas perras! ¡Dejadme!

(Las Erinnias ríen. Con un aullido, gana ORESTES la puerta y la traspone, llevando a las tres diosas colgadas a su espalda.)

ELECTRA.- (Sin moverse, se queda mirando a la puerta, con odio.) ¡Anda, vete, y ojalá no te vea nunca más!... Tú me has dejado sin madre... Antes me robaste su cariño, y ahora me robas su presencia... **(Mira hacia la muerta. Pausa. Con ternura.)** Madre querida, si no te pido perdón, es por no enojarte, pero te lo pediría... porque sufro mucho, tú tienes que saberlo... Yo no te he vencido, eres tú quien me ha vencido a mí... porque yo te quería, y ahora te quiero mucho más... ¡ahora, que no estás a mi lado, ni lo puedes estar y a nunca!... ¡cuando te has apartado de mí por culpa mía, cuando te he apartado yo!... Pero, verdaderamente, no fui yo quien lo hizo...

Ha ido oscureciéndose la escena, y bajándose el telón.

FIN

